

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
SOSIAS INFERNALES
KAREL STERLING.

Karel Sterling

Sosias infernales

Luchadores del Espacio - 79

Título original: Sosias infernales
Julio Pérez Blasco, 1954
Número OCLC: 4312944012



PERSONAJES PRINCIPALES

BILL LORENZ.—Reputado científico experto en Gravitometría.

JANET PRESTON.—Joven psicoanalista prometida de Bill Lorenz.

TED GRUNTER.—Enigmático capitán de la astronave «Hidalgo».

GORDON MCLEAN.—Astrofísico, miembro de la primera expedición al planetoide «Eros».

GEORGE VAN NEES.—Sargento técnico del «Hidalgo».

JOHN BARTON.—Radio-operador.
TOM MERRICK.—Piloto.
DEFAC TEIGHT. Famoso geofísico.

PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTÍSTICA



CAPÍTULO PRIMERO
SOSIAS DE LABORATORIO

Efectivamente, hoy es un día señalado —concedió Bill Lorenz contemplando con fijeza la brillante punta de su cigarrillo.

—¿Señalado has dicho? ¡Mucho más que señalado! ¡Hoy es el día más grande que ha tenido la civilización!

El que en términos tan entusiastas se había expresado era un individuo canijo, de tez arrugada y ojos de mirada penetrante cuya edad oscilaría entre los cuarenta y cincuenta años. Al igual que todos los congregados en aquella reunión, vestía traje de etiqueta.

Bill clavó en él su vista con expresión afirmativa.

—Tienes razón, Clayton —dijo—. El año 2000 constituirá un importante jalón en la Historia de la Tierra. Ya los hombres de épocas anteriores intuyeron esta fecha. Sin ir más lejos, mi padre aseguró en el año 1957 que al término del siglo los viajes interplanetarios serían una realidad.

—Lo recuerdo perfectamente —intervino Nathaniel Sohl, un anciano octogenario de largas patillas y voz cascada—. Yo también asistí a aquel Congreso Astronáutico. Sin embargo, alguien dijo que tu

padre exageraba.

Bill Lorenz sonrió. Era un joven de atlética complexión, muy moreno, de ojos azules y nariz ligeramente aguileña. Sus labios formaban una línea recta y su barbilla era fuerte y acusada. En todos sus rasgos evidenciábase su origen latino. A juzgar por su aspecto, atildado y un tanto deportivo, nadie hubiera dicho al verlo que se trataba de uno de los más reputados expertos en Gravitometría, especialidad recién incorporada a las ciencias astrofísicas.

—Fue Von Karman quien lo dijo —contestó a Sohl—. Pero afortunadamente se equivocó.

— ¡Oh, qué aburridos son ustedes! ¡No merecen que les hayan invitado a esta fiesta! Tenga, Loren; brindemos por el año 2000...

El trío de científicos se volvió hacia la bellísima muchacha que procedente del otro extremo de la terraza se les había acercado.

Bill, agradablemente sorprendido, tomó una de las copas que la joven sostenía en sus manos.

—Ha sido usted muy amable, Janet —declaró contemplándole con mirada admirativa—. Sin darnos cuenta nos hemos puesto a charlar y...

—¡No tienen disculpa! —recriminó ella sonriente Sobre todo usted, Lorenz. Suele olvidarse con mucha frecuencia de que pertenece al mundo de los jóvenes.

—¡Eh, oiga, no soy tan viejo! —protestó Clayton—. Cuarenta y siete años es todavía una buena edad.

—¿Si? —Janet enarcó las cejas—. Pues si quiere que le hable francamente, no lo demuestra. Seguro que estaría hablando de cohetes, teorías gravitatorias y cosas por el estilo. En cambio, la demás gente anda por ahí divirtiéndose. Me gustaría que hubiesen visto al profesor Aldo Basher. Resultaba divertidísimo verlo bailar ese huevo ritmo, el «dod-jhay». Todo un catedrático de Biología Experimental. Claro es que lleva unas cuantas copas de más. Pero un día es un día, ¿no cree, Bill? Arde, vamos a brindar...

Lorenz levantó la copa de champaña.

—¡Por la más hermosa doctora de la Tierra! —brindó jovialmente.

—¡Por el más aburrido astrofísico de la fiesta! —replicó ella esbozando una adorable sonrisa.

Ambos apuraron las copas. Nathaniel Sohl y Clayton observaron la escena con indisimulada complacencia.

—Hacéis una magnífica pareja —dijo el octogenario Schl—. ¿No os habíais dado cuenta?

Janet esbozó un mohín picaresco.

— ¡Por favor, señor Sohl! exclamó—. ¡No ponga en un compromiso a Bill! El no entiende de otras cosas que no estén

relacionadas con la ciencia.

Lorenz enrojeció visiblemente.

—Está en un error, Janet —contestó—. Y voy a demostrárselo en seguida. ¡Hasta luego, señores!

Bill cogió del brazo a la joven y se alejó en dirección a una de ías barandas de la terraza. Esta se hallaba tenuemente iluminada por los extremos. En cambio, en el centre, donde la reunión alcanzaba mayor esplendidez, las luces disipaban totalmente la oscuridad de la noche.

Desde donde se situó la pareja se dominaba gran parte de la ciudad. Nueva York extendíase bajo ellos profusamente engalanada con farolillos multicolores y letreros luminosos alusivos a la celebración del año 2000. De todas partes llegaban los alegres acordes de las orquestas y alguna que otra vez la negrura del cielo se rasgaba para dar paso a los fuegos artificiales. Nunca una Noche vieja había sido revestida de tanto esplendor. Claro es que nunca hasta entonces una nave terrestre logró posarse sobre otro planeta. Y hacía muy pocas horas que Freddie Lang transmitiera su primer mensaje desde Marte.

—Fue usted injusta conmigo, Janet —comenzó Bill con fingido resentimiento—. Hay otras cosas muy importantes en mi vida además de la ciencia. Por ejemplo, usted.

Ella levantó las cejas sorprendida.

—Es curioso que haya sido Nathaniel Sohl quien se lo haya recordado. Porque presumo que de no haberme acercado yo; usted ni siquiera se hubiera dado cuenta de mi presencia.

—¡No digas eso! —tuteó por vez primera Bill—. En realidad, he estado esperando con verdaderas ansias la llegada de esta noche.

—¿Y por qué esta noche precisamente?

—Sabes demasiado bien lo ocupado que he estado con la expedición de Freddie Lang. Felizmente mi trabajo ha terminado a este respecto. A pesar de todo, no te olvidé un instante. Te quiero, Janet. Tú lo sabes bien. Pero era forzoso que nuestro noviazgo comenzara ahora.

La muchacha alzó la barbilla en un gesto de simulada altivez.

—Vas muy deprisa, Bill —dijo—. Hablas de noviazgo y aún no me has preguntado cuáles son mis sentimientos. ¿No se te ha ocurrido pensar que mi interés hacia ti sea simplemente amistoso? ¿No puedes imaginar que esté enamorada de otro hombre?

—Ni por un instante —replicó Lorenz esbozando una sonrisa—. Tengo la firme convicción de que me quieres. Por lo menos tanto como yo a ti.

—¡Eres insufrible, Bill! Lo peor que tienes es tu estúpida confianza en ti mismo. Crees siempre que todos tus propósitos se cumplirán al pie de la letra. Te figuras que nunca vas a fracasar.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—¡Que un día te encontrarás la horma de tu zapato!

Bill la miró divertido. Resultaba sorprendente que Janet Preston, apenas una chiquilla, fuera una eminencia en el terreno de la psicología experimental. Resaltaba sorprendente y fascinador. Porque Janet era una criatura encantadora. No muy alta, de líneas armoniosas y bien definidas, la joven desplegaba atractivos desde todos los puntos de vista. Su rizadísima cadenera rubia enmarcaba un rostro adorable, en el cual el áureo matiz de sus ojos ponía la nota predominante.

—Es posible —contestó a la exclamación de ella—. Pero el día que encuentre la horma de mi zapato, tú estarás a mi lado para consolarme. ¿No es cierto, querida?

La naricilla de gata de Janet se distendió en un gesto furioso, que no era ni más ni menos que un reflejo de su coquetería.

— ¡Voy a comenzar a odiarte, Bill! —exclamó—. ¡Has conseguido que me arrepienta de...

Lorenz no la dejó terminar. Su diestra avanzó lentamente hasta asir con delicadeza la barbilla de Janet. Y después de lijar la posición conveniente aproximó sus labios a Jos de ella. Fue un beso breve, el contacto fugaz de una caricia.

La mirada de Janet brilló húmeda por la emoción.

—Perdona todo lo que he dicho, Bill —murmuró mimosa—. Fue una broma. Yo también te quiero...

Alguien carraspeó cerca de ellos. Era Dan Clayton, que se les aproximaba.

—¿Alguno de ustedes ha visto al profesor Basher? —preguntó. Eti sus palabras vibraba un ligero acento de inquietud.

Janet y Bill negaron simultáneamente.

—¿Ocurre algo? —inquirió Lorenz.

Clayton se encogió de hombros. En su canijo semblante se reflejaba una sombra de temor.

—No lo comprendo —dijo—. Iba un poco borracho, pero ello no implica para que se esfume en el aire.

—¿Quiere explicarse mejor, Clayton? —esta vez fue Janet quien hizo la pregunta—. ¿Insinúa que Aldo Basher ha desaparecido?

—Eso parece Y lo verdaderamente misterioso es que ninguno de los sirvientes le ha visto salir de la terraza. A no ser que se haya caído abajo...

—Eso no es posible —contestó Bill—. Si hubiera caído a la calle, los paseantes se habrían dado cuenta. Precisamente esta noche está todo el mundo fuera. Debe de haber otra explicación. ¿Han registrado bien la terraza?

—Centímetro por centímetro. No porque se haya extrañado su ausencia, sino porque le han reclamado telefónicamente.

Reinó unos instantes de silencio. La música en la terraza había

cesado y la gente cuchicheaba en voz baja. Parecía que un temor sobrenatural se había apoderado de todos

—Tal. vez se encuentre en la azotea colindante —sugirió Bill al término de la pausa.

—¿Con el frío que hace? —Clayton denegó firmemente—. No creo que Basher hubiera resistido allí más de un minuto.

—Vamos a verlo de todas formas —decretó Lorenz tomando del brazo a Janet—. Un hombre no puede desaparecer por arte de magia.

—Como quiera —replicó Clayton echando a andar detrás de ellos —. No se pierde nada.

El trío pasó por entre los numerosos circunstantes y se encaminó hacia una escalerilla que daba acceso a la terraza contigua. Esta se hallaba situada a una altura de unos veinte metros sobre la que se hallaban.

Bill abrió la puerta. Una ráfaga de aire frió sin climatizar les hizo estremecer. Únicamente el débil reflejo de un anuncio luminoso permitía ver la azotea.

Estaba desierta.

—Nada —dijo Clayton—. ¿Lo ven ustedes?

Bill no contestó Separándose de Janet comenzó a explorar los alrededores. De pronto se detuvo. Acababa de distinguir en el suelo una pequeña mancha rojiza.

—¡Vengan aquí! —-exclamó excitado—. ¡Miren!

—¡Sangre! —las facciones de Janet se crisparon en una mueca de terror—. ¡Dios mío!...

—Efectivamente, es sangre —concedió Clayton—. Y parece reciente.

Bill volvió a separarse. Regresó segundos después portando una especie de pluma de color negro. Por sus dimensiones y forma daba la sensación de haber pertenecido a un ave de rapiña.

—Esto no tiene mucho de particular, pero quizá esté relacionado con Aldo Basher.

—¡Tonterías! —refutó Clayton—. ¡Aquí ha habido un asesinato!

—No son tonterías, Clayton —reconvino Bill con acento sombrío —. Esta pluma no pertenece a ninguna especie de ave conocida. Apostaría cualquier cosa.

—¿Estás estás seguro, Bill? —murmuró Janet castañeteándole los dientes por el frío—. ¿Qué sugieres que puede haber sucedido?

—Eli estos momentos no soy capaz de imaginar nada. Regresemos con los demás. Esto es cuestión de la policía.

En la terraza donde el Congreso Astronáutico neoyorkino celebraba la feliz entrada del año 2000 reinaba ahora una agitación creciente.

Todo el mundo parecía estar pendiente de lo que decía un sujeto

ataviado con un pijama negro. A juzgar por los comentarios debía ser un vecino de los alrededores.

Janet, Bill y Clayton se acercaron intrigados.

—¡Lo vi perfectamente! —repetía el individuo— No podía dormir y me asomé a ver la fiesta de ustedes. Entonces fue cuando apareció el objeto. Volaba muy despacio y sin hacer ruido. Tendría el tamaño de un automóvil corriente y su forma era cuadrada. Se posó justamente en el extremo norte de la azotea de arriba. Allí estuvo unos veinte minutos ¡Pero eso no es lo más extraño! Del artefacto volador surgieron dos horribles figuras. Mi vista no alcanzó a distinguirlas bien, pero se asemejaban a esos vampiros que cuentan las leyendas. ¡No estaba soñando, se lo aseguro!

—Bien ¿y qué más? —preguntó alguien con acento despectivo.

—No me creen, ¿verdad? —los ojos del sujeto del pijama brillaron siniestramente—. ¿Y si les digo que esos dos monstruosos seres se llevaron consigo a uno de ustedes?

Bill Lorenz se abrió paso entre los circunstantes.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó poniendo sumo cuidado en manifestar el interés que realmente sentía.

—Uno de ustedes subió a la azotea en el preciso momento en que los vampiros se encontraban allí. Le dieron un golpe y acto seguido lo introdujeron en su vehículo aéreo. Luego se remontaron otra vez y desaparecieron.

—Usted ha bebido demasiado —dijo Phil Stapletton, un financiero especializado en cuestiones astronómicas—. Tome una aspirina y acuéstese.

—Poco a poco, señor Stapletton —dijo Bill—. Este hombre no ha contado más que la verdad. O por lo menos una verdad muy aproximada. ¿Hay entre ustedes algún naturalista?

Un hombrecillo esmirriado y de edad indefinida surgió del grupo.

—¡Ah, es usted, señor Mills! —saludó Bill—. Examine esta pluma y díganos a qué especie conocida corresponde.

El naturalista sacó del bolsillo unos lentes de contacto y se los puso. Después procedió a examinar el objeto que Bill le entregó.

—Extraordinario! —exclamó Mills—. ¡Absolutamente increíble! Esta pluma no es de ningún ave terrestre…

* * *

—Las circunstancias del caso que nos ocupa concuerdan sospechosamente con las misteriosas desapariciones de Peter Graystone y Galen Gart. También los testigos afirmaron haber contemplado las mismas visiones de pesadilla. Claro es que entonces no les hicimos demasiado caso. Pero ahora hay que considerar las cosas desde otro punto de mira. Graystone y Gart eran asimismo hombres de ciencia; hombres de valía insustituibles cuyas pérdidas

constituyeron catástrofes mundiales.

Geoffrey Lancaster, jefe de la Policía Metropolitana de Nueva York, se interrumpió para aspirar una bocanada de humo de su cigarrillo. Luego paseó su mirada por el trío compuesto per Bill Lorenz, James Clayton y Janet Preston.

—Una vez más les recomiendo el mayor secreto sobre lo acontecido esta noche —prosiguió—. Sobre todo en lo concerniente a los periodistas. Esa gente sería capaz de crear un conflicto internacional.

—Luego usted supone que tales desapariciones están relacionadas con alguna nación interesada en nuestros avances científicos —sugirió Bill Lorenz.

Lancaster asintió con expresión preocupada

—Esa es mi opinión. Sin embargo existen ciertos detalles desorientadores en el caso de Aldo Basher. ¿Por qué se le ocurriría subir a la terraza colindante? ¿Acaso obedecía órdenes de alguien? Y otra cosa, ¿qué papel juega sn ésto la pluma de un ave no identificada?

Bill Lorenz cruzó las piernas e irguió el torso.

—Yo aventuraría una teoría a no ser por el temor de que ustedes se rían de mí —dije con voz suave—. Tal vez peque de absurda pero no deja de tener cierta verosimilitud.

—Es difícil que nadie se ría de ti en estas circunstancias — alentó Janet—. ¿Cuál es tu teoría?

—Un rapto interestelar.

La contestación de Bill sobresaltó al auditorio. Pasados los primeros instantes de estupefacción, Geoffrey Lancaster sonrió sardónicamente.

—Cierto que es absurda —dijo—. Particularmente pienso que nadie daría crédito a tal suposición. Usted sabe perfectamente que las historias de los platillos volantes son extravagancias de las gentes. Ninguna nave estelar se ha posado todavía en la Tierra. Ni siquiera se ha podido admitir que existan.

—Perdone que le contradiga, Lancaster —replicó Bill—. Sin ir más lejos hoy mismo el planeta Marte ha sido hollado por plantas terrestres. ¿Por qué no puede suceder a la inversa?

—Ustedes los científicos astronáuticos han sido los primeros en descartar semejante hipótesis. Creo recordar que están de acuerdo en que los únicos seres inteligentes que existen son los que pueblan la Tierra. Los demás mundos de nuestro sistema son prácticamente inhabitables.

—-No todos estamos de acuerdo —rectificó Lorenz con firmeza—. Por ejemplo, yo disiento de esa teoría.

—Usted es muy joven todavía, señor Lorenz. Quizá su

imaginación sea excesivamente, como diría...

—Infantil —completó el aludido sin cambiar de expresión.

El jefe de policía sintió que una oleada de calor subía a su rostro.

—No quise decir tanto -—protestó—Sencillamente me proponía observar que su imaginación adelanta demasiado los acontecimientos.

El zumbido del visófono interrumpió la conversación. Geoffrey Lancaster se levantó y acudió junto ai aparato. Tras oprimir un interruptor la pantalla se iluminó.

Un rostro de hombre apareció en el cuadrado rectangular.

—Buenas noches señor Lancaster —saludó aquél—. Kay una novedad importante. ¿Puedo transmitírsela o prefiere venir a mi despacho?

El jefe de policía miró al grupo antes de contestar. Obturando con una mano el micrófono emisor dijo:

—Es Rawlson, superintendente del distrito de Nueva York. A buen seguro que habrá descubierto algo.

A continuación dejó el micrófono libre.

—Transmítame la novedad —ordenó—. ¿De qué se trata?

—Ha aparecido Galen Gart —informó Rawlson—. Hace una hora fue hallado semiinconsciente en un barrio del Bronx. Un par de policías le llevó a su apartamento.

—¡Galen Gart! —Lancaster fue incapaz de disimular su asombro —. ¿Qué explicación ha dado a su ausencia?

—Ninguna, señor. Parece hallarse en un estado anormal. Da la sensación de venir de otro mundo. No sabría decírselo exactamente, pero algo muy extraño le ocurre.

—Está bien, Rawlson. Voy ahora mismo hacia allá... O mejor aún, coja un coche y tráigase a Galen Gart. Dese prisa.

—No tardaré más de cinco minutos.

La pantalla visual se apagó.

—El velo de las tinieblas se está rasgando —dijo Lancaster frotándose las manos con satisfacción—. Supongo, señor Lorenz, que sus fantásticas convicciones estarán atravesando un mal momento.

Clayton consultó su cronógrafo.

—¿Hasta qué hora nos va a tener aquí, señor Lancaster? —inquirió conteniendo un bostezo—. Son las tres de la madrugada.

—¡Por Dios, señores! —exclamó el jefe de policía—. Son ustedes muy dueños de marcharse cuando gusten. Esto no ha sido un interrogatorio oficial. Simplemente les invité a venir a mi apartamento para cambiar impresiones. Ahora bien, si desean esperar a Galen Gart...

—Yo me quedo —declaró Bill Lorenz encendiendo un cigarrillo —. ¿Y tú, Janet?

La muchacha asintió. Evidentemente sentía la misma curiosidad

que Bill con respecto al científico recién aparecido.

Instantes después de marcharse Clayton llegó Galen Gart. Le acompañaban dos agentes uniformados y un hombre de mediana edad y robusta complexión que se presentó con el nombre de Bram Foran.

—Soy el médico de la familia Gart —completó Foran—. Hace un rato fueron requeridos mis servicios para atender a Galen pero no he tenido tiempo de hacerlo. He creído conveniente acompañarle.

—Siéntese, por favor —invitó Lancaster. Con un gesto despidió a los dos policías.

Janet miró intrigada a Bill. Este, muy pálido y con una expresión angustiosa, contemplaba fijamente a Gaien Gart.

Incapaz de dominar su ansiedad, Bill se acercó al científico.

—¿No me conoces, Galen? —preguntó alargándole la diestra— Soy Bill Lorenz.

El interpelado movió los labios como para decir algo. Sin embargo, ningún sonido salió de ellos. Sus ojos parecían no tener movilidad.

—¿Es posible que no te acuerdes de mí? —insistió Bill— Somos antiguos amigos. Estudiamos juntos, Galen.

—Déjelo, señor Lorenz —dijo Bram Foran—. Es completamente inútil. Gart no conoce a nadie ni recuerda nada.

—¿Qué supone usted que le habrá ocurrido? —preguntó Lancaster al galeno— ¿Amnesia tal vez?

Foran se encogió de hombros.

—Es difícil dictar un diagnóstico sobre Gart sin haberle sometido a un detenido reconocimiento — contestó.

—¿Puede hacerlo aquí mismo? —pidió Lancaster—. Si necesita un ayudante ahí tiene a la señorita Preston. Janet Preston, la habrá oído usted nombrar.

Una expresión admirativa cruzó por el semblante de Foran

—¡Janet Preston! —el médico tendió su mano a la muchacha—. Celebro conocerla. Tengo entendido que es usted una eminencia en el campo del psicoanálisis. Nunca pude suponer que fuera tan joven... y guapa.

—La gente suele exagerar —replicó Janet modestamente—. He tenido suerte en algunos casos y eso es todo.

—Bien, pues si quiere ayudarme, manos a la obra. He traído un pequeño instrumental pero creo que nos bastará.

Lancaster y Bill se retiraron a un extremo de la habitación.

—Ese hombre está idiotizado —declaró el jefe de policía refiriéndose a Galen Gart—. Seguramente le habrán suministrado drogas. Mañana haré entrega del caso al Departamento de Estado. Me temo que la acción de la policía no sea suficientemente amplia.

Bill asintió en silencio.

Un ligero golpe sonó en la puerta. Lancaster abrió con gesto de fastidio. Era uno de sus criados.

—Llaman por teléfono al señor Lorenz —informó—. Un asunto urgente.

Bill se excusó y acudió junto al receptor. Cinco minutos después regresaba. En su rostro se mostraba a las claras el asombro y la inquietud.

Tardó unos instantes en hablar. Al hacerlo eligió cuidadosamente las palabras.

—Del Departamento Astronáutico de Taeton —comenzó. Su voz sonó ronca—. Los radares han detectado el vuelo de la nave que se posó sobre la terraza en que celebramos la fiesta. Su trayectoria no deja lugar a dudas. Se trata de un vehículo interplanetario. Debo irme inmediatamente.

Lancaster se apoyó en una columna del salón. En su frente relucía el sudor.

—Oiga... ¿no le habrán gastado una broma? —inquirió balbuceante.

Bill, un tanto más repuesto, denegó con la cabeza.

—Ya lo dije antes, Lancaster. Sin embargo, usted se rió de mi. Ahora saque las conclusiones que apetezca.

—¡Es demasiado horrible! ¿Cree usted que...?

—Creo en la hipótesis que aventuré al principio —atajó Bill nerviosamente—. Un mundo alejado del nuestro trata de hacerse con los sabios terrestres. Un propósito diabólico y de consecuencias incalculables. Es preciso más que nunca averiguar lo ocurrido a Galen Gart.

La conversación se interrumpió al acercarse Janet y Foran.

La muchacha observó en seguida algo anormal en los dos hombres.

—¿Qué pasa, Bill? —inquirió con ansiedad.

—Te lo diré más tarde, querida —replicó él—, ¿Han sacado algo en limpio de Galen Gart?

Bran Foran sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió el sudor del rostro. Su mano temblaba visiblemente.

—Ese hombre no es Galen Gart —declaró con acento angustiado.

Un silencio sobrecogedor siguió a la declaración del médico. Una bomba que hubiera explotado no habría causado mayor conmoción.

Bill Lorenz sintió un escalofrío de terror.

—¿No es Galen Gart? ¡Imposible, Foran! ¡Se ha equivocado usted...!

Foran tragó saliva dificultosamente.

Es difícil de explicar —dijo—. no sé cómo hacerlo. Soy doctor en medicina, pero esto cae dentro del campo de lo sobrenatural. La señorita Preston puede confirmarlo.

—Según parece, este hombre es y no es Galen Gart —declaró Janet—. Es en cuanto a su envoltura corporal. Su mente, en cambio, no pertenece a ningún ser humano

Instintivamente Bill y Lancaster miraron al sujeto que, tendido sobre un diván, parecía hallarse ajeno al drama que se estaba desarrollando y del cual era el principal protagonista.

—¿Quieres decir que su cerebro está vacío de ideas y recuerdos? —preguntó Bill.

—No —intervino ahora Foran—. Ustedes saben muy bien que hasta hace poco tiempo la policía identificaba a un hombre por su dibujo retinal y las huellas dactilares. Este sistema fue adecuado mientras no se descubrieron duplicados. Pero luego se implantó el análisis cerebral de los psitrones, con lo que las posibilidades de error se redujeron a cero.

Bram Foran hizo una pausa que aprovechó para sacar una cartulina del bolsillo.

—Esta es la ficha completa de Galen Gart —prosiguió—. La saqué del archivo cuando fui requerido por su esposa. Comprueben ustedes mismos. He ahí las huellas dactilares y el dibujo retinal. Son idénticos a los de ese sujeto Pero vean el análisis de los psitrones. ¡Totalmente diferentes!

Un presentimiento horrible cruzó por la mente de Bill. Sobre él sentía el peso de la mirada de Lancaster. Estaba persuadido de que éste esperaba anhelante su comentario al respecto.

—Un doble falsificado, ¿no es eso lo que usted supone, señor Foran?

El médico asintió a la pregunta del joven.

—Exactamente. Un doble falsificado en el laboratorio. ¿Es posible eso en nuestro planeta?

Bill Lorenz sonrió maquinalmente.

—A la vista de los hechos debemos admitir que sí —contestó—. Lo que yo quisiera saber es qué se habrá hecho del Galen Gart original.

—¡Absurdo, Lorenz! ; Absurdo por todos los conceptos! —el jefe de policía revistió sus exclamaciones de tan impulsivo acento que sobresaltó a los que le rodeaban—. ¡Estamos divagando como viejas supersticiosas! ¡Un poco más de formalidad, señores! Recuerden que estamos en el año 2.000...

* * *

—Usted ha seguido de cerca este proceso, Lorenz y ésta es una circunstancia que se aviene magníficamente con el plan trazado. Voy a revelarle un secreto celosamente guardado por los organismos estatales. Pero antes quiero que me prometa su colaboración. Necesitamos un técnico en gravitometría para una misión delicada.

—Dígame primero cuál es la misión. No me gusta prometer nada por anticipado.

Sheyley Orvid, coronel jefe del Departamento de Defensa de los Estados Unidos, aplastó la colilla de su cigarro contra el cenicero y adelantó su poderoso tórax.

—Un viaje interplanetario —declaró—. ¿Le interesa?

—Todavía no sé lo principal. ¿Una nueva expedición a Marte?

—No. Ahora el rumbo es distinto. ¿Qué tal Eros?

—¡Eros! —exclamó Bill en el colmo del estupor— ¡Pero si eso es un planetoide de veinte millas de diámetro! ¿Qué se nos ha perdido allí?

—Contaste primero si acepta —insistió Sheyley Orvid con cierta sequedad—. Le advertí antes que se trataba de un secreto. Si no le interesa no hay más que hablar.

Bill Lorenz recapacitó unos instantes. Su curiosidad sentíase excitada al máximo pero la índole de la expedición no le hacía la menor gracia. De todas formas le habían asignado un privilegio y no tenía más remedio que aceptar, so pena de deslucir su brillante carrera.

—Estoy a sus órdenes, coronel —dijo sin demasiado entusiasmo.

—Lo celebro, Lorenz —Orvid sonrió amistosamente—. Me habría desagradado dejarle a un lado. Y ahora al asunto. ¿Recuerda usted las desapariciones de Peter Graysons. Galen Gart y Aldo Basher?

Bill enarcó las cejas intrigado.

—Desde luego —replicó—. Fui testigo de la de Basher.

—Esos tres casos forman parte de una lista de cerca de cien. ¿Sabe usted lo que significa un centenar de sabios desaparecidos? Se lo diré: significa la mayor amenaza que ha pesado jamás sobre la Tierra. Y observe un detalle. De esos cien sabios la mayoría son especialistas en mineralogía, biología, ingeniería electrónica y fisiología. Cuatro ramas sospechosamente relacionadas con la Ciencia de la vida. Pero eso no es todo, Lorenz.. Sujétese bien en la silla y preste atención. Ochenta y siete de los científicos desaparecidos se encuentran otra vez entre nosotros y en las mismas condiciones que Galen Gart? Sosias perfectamente falsificados.

Bill Lorenz se removió inquieto en la silla.

—Hay algo que no logro comprender —dijo—. ¿Cual es el objeto fundamental de los raptos?

—Eso es lo que se trata de descubrir: ¿qué perverso fin se proponen los habitantes de Ero? Un enigma que horroriza solo pensarlo.

—¿De modo que los secuestradores proceden de Eros? ¡Otro absurdo más que añadir! ¡Tienen que ser forzosamente criaturas inferiores!

—Los testimonios que constan en nuestros archivos los presentan como seres alados, de formas inconcretas y reacciones inteligentes. Claro es que nadie ha podido dar una versión exacta. Las llegadas y salidas de sus artefactos voladores han sido rodeadas del mayor misterio. Siempre se han realizado nocturnamente.

—¿Se tiene la certeza de que proceden de Eros?

—Absoluta.

Bill permaneció un momento en actitud pensativa.

—Bien —dijo al fin—. Usted decidirá cuándo debo incorporarme.

—Estamos realizando la labor de selección. Partirá una astronave tripulada por un grupo de seis hombres. El experimento de Marte nos ha servido a las mil maravillas. Por su menor distancia a la Tierra resultará mucho más fácil llegar al planetoide Eros. Pero de los detalles técnicos hablaremos en otra ocasión. Ahora me basta saber que puedo contar con usted.

Bill Lorenz se puso en pie para despedirse. El coronel Orvid le estrechó la mano afectuosamente.

Cuando el joven se hallaba ya junto a la puerta la voz de Orvid le hizo detenerse.

—A propósito, Lorenz; su novia es Janet Preston, ¿no es cierto?

Bill asintió un tanto extrañado.

—Va a darle un consejo de mi parte —continuó el coronel—. Dígale que se abstenga de salir por las noches. No es una broma, Lorenz. La señorita Preston es la mejor psicoanalista de América. Me comprende ¿verdad?

El joven sonrió

—¿Insinúa que pueden secuestrarla igual que a los otros? —preguntó humorísticamente.

—Quisiera equivocarme en estas circunstancias, pero la considero una buena presa.

Media hora más tarde Bill Lorenz acudía al departamento que ocupaba Janet Preston, situado en la Sexta Avenida. Durante el último trecho del camino su preocupación se convirtió en una obsesión supersticiosa. Inútilmente se decía que el coronel Orvid había querido gastarle una broma. La oscuridad de la noche, el furioso relampagueo de la tormenta y el tétrico aullido del viento no eran factores tranquilizadores precisamente. El sólo recuerdo de lo sucedido a Aldo Basher dos semanas atrás bastó para erizarle el cabello.

Con el corazón latiéndole desacompasadamente tomó el ascensor que le condujo al piso de Janet.

La sonrisa de Betsy, su doncella, le tranquilizó.

—Aguarde un momento —dijo aquella—. La señorita Preston ha subido hace un instante a la azotea. Habló algo de resguardar un palomar de la tormenta…

Bill no esperó a oír más. Lanzóse presa de la excitación escaleras arriba.

La horrenda realidad hizo flaquear las piernas del joven. ¡ Janet no se encontraba en la terraza!

CAPÍTULO II
«CRUNTER NO ES GRUNTER»

JOHN Barton, el minúsculo y nervioso radiooperador, terminó su trabajo rutinario con los transmisores y regresó a la cabina principal del «Hidalgo», segunda nave estelar que partía de la Tierra.

George Van Nees, sargento técnico, dejó el instrumento de prueba que estaba manejando y conectó un micrófono. Acto seguido se hizo a un lado para que Barton se acomodara.

—El «Hidalgo» llamando a CR-987... El «Hidalgo» llamando a CR-987... ¿Me escuchan...? El «Hidalgo...»

—CR-987 al habla —contestó a Barton la voz que salía del altoparlante—. Le escucho, Barton. ¿Cómo van las cosas?

—Magníficamente. Nos hallamos a mitad de camino Los instrumentos funcionan a la perfección, la nave responde y el estado de ánimo general es satisfactorio. No podemos pedir más. Los muchachos me encargan transmita en sus nombres un saludo para todo el mundo.

— ¡Bien, Barton! ¡Buena suerte!

El radiooperador cerró el contacto y se puso en pie

—Es un consuelo hablar con alguien de la Tierra, ¿no crees? —dijo a Van Nees.

—Te lo diré cuando regresemos —conteste»—. No me gusta nada esta clase de expedición.

—Ni a ti ni a nadie.

—Exceptuando a Bill Lorenz.

—A él tampoco le agrada. Lo que sucede es que Bill tiene un motivo muy particular para ansiar poner los pies en Eros. A cualquiera de nosotros le pasaría igual.

Los dos hombres salieron del compartimiento y se encaminaron a través del circular pasillo hasta llegar al puente de mando.

Allí se encontraban el capitán de la nave, Ted Grunter, el astrofísico Gordon McLean y Bill Lorenz.

McLean, un individuo joven, muy delgado y de rostro ascético, abandonó su puesto de observación, situado en uno de los miradores, y tomó asiento junto a Lorenz.

—Dentro de muy pocas horas podremos observar con detalle la configuración de Eros —anunció quitándose las gafas para limpiarlas —. Es curiosa la historia de este planetoide.

—Una especie de guasón del espacio, ¿no? —intervino el capitán

Grunter. Sus achatadas facciones compusieron una mueca sardónica.

—¿Recordáis lo que ocurrió con respecto a él a principios del año 1931? —preguntó Me Lean colocándose nuevamente los anteojos.

Lorenz denegó con la cabeza. Pese a su expresión despreocupada, un observador perspicaz hubiera advertido la profunda inquietud que le dominaba.

—Os lo contaré —continuó el astrofísico—. En 1931 todos los astrónomos de la Tierra efectuaron incontables preparativos para proceder a una nueva medición de la distancia que nos separaba del Sol. Todo estaba preparado, pero sucedió algo así como cuando en una boda no se presenta el novio. El novio en este caso era el asteroide Eros, punto de referencia elegido para la determinación de dicha distancia. Eros apareció, en efecto, pero había cambiado su aspecto de un modo extraño; les jugó a los observadores una mala pasada. Indudablemente le había ocurrido algo en su curso errante por el espacio sideral.

McLean hizo una pausa para comprobar el interés que había despertado con su disertación.

—Eros no solamente mostraba un gran cambio en su brillo, sino que, sobre todo, era considerablemente más pequeño que antes y, además, no se hallaba en el sitio en el que, según el cálculo, debería hallarse. Había, pues, sufrido una perturbación en su movimiento. Todas estas rarezas podrían explicarse suponiendo que este astro se hubiese desmoronado parcialmente. Y así fue en realidad. Sobre esta base se efectuaron nuevas observaciones y cálculos, llegándose a la conclusión, hoy admitida por todos, de que el planetoide Eros no era una esfera, sino que su forma era alargada y muy puntiaguda por un extremo. Ello daba lugar a que se produjesen tensiones en su masa por efecto de la rápida revolución sobre el eje, fenómeno conducente al desprendimiento de fragmentos.

—Muy interesante —convino John Barton—. No he oído nada tan fascinador en mi vida. ¿Imagináis las cosas que pueden ocurrir en Eros? Suponed, por ejemplo, que uno de nosotros escala el extremo puntiagudo del planeta Una vez allí, da un salto... ¡y al vacío!

—Depende de la fuerza de gravedad. Según mis anotaciones, un objeto que pese en la Tierra ochenta kilos, en Eros se convierte en tres y medio, aproximadamente —McLean sacó papel y lápiz—. Examinemos el ejemplo que has puesto antes. Este es e! planeta. Aquí, el extremo del huso. Tú saltas y caes en el vacío, lentamente, cual una hoja de papel. Y cuando llegas a una distancia de treinta o cuarenta metros, la fuerza de atracción gravitatoria te arrastra nuevamente a la superficie. Exactamente igual que cuando vemos en el cine a un nadador lanzarse de un trampolín y luego la cámara da marcha atrás. ¿Es así o no? —preguntó dirigiéndose a Bill Lorenz

—Puede darse otro caso —contestó aquél—. Si en lugar de dejarte caer como un nadador toma carrera y te lanzas con el mayor impulso posible, romperías la barrera de gravedad e irías a perderte en la inmensidad del espacio, donde flotarías eternamente.

—Eso explica por qué sus habitantes están dotados de alas —terció George Van Nees,

Lorenz esbozó una sonrisa sardónica.

—En primer lugar, nada sabemos de sus habitantes —dijo—. Simplemente se han hecho conjeturas basadas en unos testimonios más o menos verídicos. Y en segundo, no veo la utilidad de las alas en un mundo .que carece de atmósfera. ¿Sobre qué podrían sustentarse?

—Tienes razón —concedió Van Nees un tanto avergonzado—, He dicho una estupidez. No sé qué me pasa estos días que no pienso más que tonterías. Seguramente mi imaginación se ha desbocado por efecto de los fantásticos relatos que he oído. Probablemente cuando lleguemos a Eros nos encontraremos con la mayor desolación. No habrán ni habitantes ni plantas...

—Siento contradecirle —intervino el capitán Grunter por vez primera—. En Eros hallaremos grandes sorpresas.

Bill Lorenz sintió acrecentarse la repulsiva antipatía que Grunter le inspiraba. Hasta el día anterior, unos minutos antes del despegue, no conoció al jefe de la expedición. Ya al presentárselo le había sido desagradable. Naturalmente no tenía motivo alguno. Al contrario, Grunter se mostró amable y cortés. Pero Lorenz no lo pudo remediar. Quizá fuera su aspecto físico; su fofa obesidad o la sempiterna ironía de su expresión.

—Hallaremos grandes sorpresas —repitió Grunter plácidamente—. Y ojalá el sentido común nos permita aprovecharlas.

—-¿Qué insinúa. Grunter? —preguntó Lorenz, creyendo descubrir un sentido oculto en la frase del capitán.

—Tengo un magnífico plan. Pero no sé hasta qué punto puedo confiar en ustedes.

—Si el Gobierno de los Estados Unidos ha confiado en nosotros, bien puede hacerlo usted —replicó McLean con acritud.

—Ahí está —la expresión de Grunter se tornó maliciosa—. No se trata de una fidelidad patriótica. Mis planes son mucho más complejos. Permítanme una digresión. Todos nosotros somos reputadas personalidades en el campo de las ciencias; modestia aparte, claro está. Nuestros desvelos, nuestro infatigable trabajar, los descubrimientos llevados a cabo, la propia fidelidad antes citada, ¿qué beneficio nos han reportado? Unos cuantos títulos honoríficos y nada más. Toda la vida he ansiado poseer una residencia veraniega en Long Island. Sin embargo, me he tenido que limitar a un hospedaje de tercera categoría durante tres semanas. Si no me equivoco, ustedes

están en las mismas condiciones. ¿Lo creen justo, sinceramente?

—Justo o no, por nuestra propia voluntad hemos elegido este camino —declaró Lorenz escrutándole fijamente—. Usted. Grunter, es un fisiólogo de fama excepcional. ¿Cuánto dinero podría haber ganado creando un laboratorio experimental particular?

—Cualquiera de mis aplicaciones industriales me habría valido una fortuna. Pero estaba cegado, Lorenz. Cegado por los prejuicios y por un falso sentido del deber Hoy la perspectiva se ha ensanchado; veo lo estúpido que he sido y me arrepiento con toda mi alma. Allá abajo, en la Tierra, hombres incultos cuyos escrúpulos no les impiden camuflar sus ganancias al Fisco amasan los millones y disfrutan de toda clase de honores. Para ellos trabajamos, Lorenz. Estamos aquí ahora exclusivamente para defender sus apuestas en las carreras de caballos y los abrigos de pieles de sus amigas. ¿No es ridículo, señores?

El silencio acogió su pregunta. Un silencio impuesto únicamente por el respeto que merecía Grunter por su grado de capitán.

—No podrá hacerme cambiar, Grunter —declaró Bill con firmeza —. Lo siento. Deben ser los prejuicios o la lealtad hacia mis semejantes.

— ¡Tonterías! El perro es el ser más leal que existe sobre la Tierra y a nadie se le ha ocurrido erigirle un monumento de cien pies de altura como a Rockefeller. Seamos leales con nosotros mismos. Eso es lo que les pido.

—¿En qué estriba su proyecto, capitán? —inquirió McLean—. Tal vez yo no sea tan escrupuloso como Lorenz.

Bill captó el imperceptible guiño que le hizo Me Lean y comprendió que éste deseaba sonsacarle.

Grunter se mordió los labios contrariado.

—No lo diré, a menos que estemos todos de acuerdo. Y bajo la promesa de todos ustedes de no revelar una sola palabra a nadie..., si es que logramos regresar.

Lorenz sonrió abiertamente. Sabía que de su respuesta dependerían las da Van Nees y John Barton. Estos le seguirían el juego hasta el final.

—Me ha puesto en dudas, Grunter —declaró—. Nunca se me ocurrió pensar en ese ejemplo del perro...

—¿Lo ve, Lorenz? —una expresión de alivio cruzó por el rostro del capitán—. ¡Somos perros fieles esperando el hueso de una condecoración! ¿No ha tenido usted ambiciones?

—Creo que estoy comenzando a tenerlas. Efectivamente, la perspectiva se ha ensanchado. ¿Qué decís vosotros? —preguntó a Van Nees y a Barton.

—A mí también me agradaría tener una residencia en Long Island

—contestó el primero.

—Yo siempre soñé con tener un yate —dijo Barton con tan sincera entonación que Lorenz se sobresaltó interiormente—. Pero existen los peligros. Torn Merrik, el piloto, puede traicionarnos.

—Tom Merrik pensará igual que nosotros —afirmó Grunter—. Y en el caso contrario... ¿Comprenden?

—Le abandonaríamos en Eros. ¿No es eso lo que quiere decir?

—Puede sucederle un accidente. Yo mismo me encargaría de pilotar Ja nave al regreso.

—Ahora falta oír sus planes, Grunter —dijo Bill—. En un principio estamos de acuerdo.

Grunter se puso en pie. El imantado bajo de sus zapatos resonó metálicamente en ei interior del compartimiento. Por unos instantes paseó con expresión pensativa. Era evidente que se hallaba entregado a la tarea de elegir las frases más convincentes.

—Vamos a un mundo —comenzó— donde se ha resuelto el problema de la creación artificial. En la Tierra se ha llegado solamente a la fotografía. Una diferencia bastante notable. Recordarán ustedes las fábulas del doctor Frankestein. Este personaje fabricó un hombre en sus laboratorios. Algo muy parecido sucede en Eros. Ochenta y cinco científicos han sido reproducidos tan fielmente que nadie es capaz de distinguirles de sus originales. Los motivos que han guiado a sus falsificadores no hacen al caso. Lo cierto es que lo han logrado plenamente. Lo que yo me propongo es averiguar los procesos de elaboración. Mis experiencias biológicas facilitarán enormemente la tarea.

—¿Y después? —inquirió Van Nees con acento anhelante.

—Cumpliremos el cometido de nuestro viaje. Aniquilaremos a los seres que habitan el planetoide. Para el Gobierno de los Estados Unidos la misión habrá concluido satisfactoriamente.

—-Permítame que me exprese en sentido figurado —terció Bill Lorenz—. ¿Qué haremos de los originales terrestres, si es que todavía subsisten?

—-Su pregunta exige una respuesta muy dura, Lorenz. ¿No será mejor silenciarla para no herir nuestros sentimientos? Sé lo que está pensando —el gesto de Grunter se entristeció hipócritamente—. Janet Preston es su prometida. Quizá encontremos alguna solución para su caso.

Bill Lorenz desvió su mirada para no delatar la indignación que le producía el cinismo de Grunter.

La vez de Barton rompió la tensión del ambiente.

—Todavía no nos ha dicho las aplicaciones de su plan —dijo.

—El robo en gran escala. No hay por qué sonrojarse, Van Nees. Robaríamos exclusivamente a, ¿cómo lo diría?...

—Ejerciendo al mismo tiempo justicia, ¿no es así? —completó McLean facilitando a Grunter la terminación de su frase.

—¡Exacto! Ha dado usted en el clavo. Supongamos por un momento que cualquier millonario sea suplantado por su doble. Este no tendría más que seguir las instrucciones sonsacadas al original. Se presentaría tranquilamente en su domicilio, sacaría su talonario de cheques, luego extendería uno y el cajero de cualquier banco lo pagaría instantáneamente.

—No acabo de comprender —dijo Lorenz—. ¿Cómo se resolvería el problema de la firma?

—De modo muy sencillo. Con una pistola al pecho, el millonario auténtico obrará a nuestro antojo. A continuación, el doble cobrará el talón. Tengan en cuenta que el facsímil humano será previamente adiestrado. Por los casos que he tenido ocasión de examinar, estos monstruos poseen una mente vacía y excesivamente fácil de controlar.

—Pero al poner en libertad al verdadero millonario seremos descubiertos. Tarde o temprano, la farsa habría de terminar.

—¿Y por qué, mi querido Barton? Fabricaríamos un segundo facsímil y ese se encargaría de arreglárselas con la justicia.

—¿Y los otros?

Grunter reflejó en su mirada la luz de la locura.

—Ya no existirían —contestó a Van Nees con expresión triunfante —. Para poder ser acusados de asesinato. la policía necesita primordialmente e! cadáver de la víctima. Pero si la víctima vive, sea original o duplicada, ninguna acusación valdría un centavo. ¿Comprenden ahora? Y eso no es todo. Los negocios serían encauzados por mil derroteros. Convertiríamos nuestras vidas en un eterno paraíso. Todos los problemas desaparecerían. ¿No se dan cuenta?

Lorenz afirmó mostrando un entusiasmo muy semejante al que sentía Grunter:

—¡Es usted un genio! Sólo un imbécil rechazaría su plan. ¿Cuándo se le ocurrió la idea?

El capitán de la nave se esponjó orgullosamente.

—Hace varias semanas —contestó—. No es necesario aclarar que puse toda mi influencia para lograr este puesto.

Una fugaz sospecha pasó por la mente de Bill. Pero era tan fantástica, tan irracional, que franqueaba los límites de lo inconcebible. El joven ocultó el rostro con la diestra a fin de no dejar traslucir su horrorizada expresión.

Realizando un esfuerzo supremo para recuperar la serenidad preguntó inesperadamente:

—¿Qué edad tiene usted, Grunter?

El capitán de la nave parpadeó sorprendido.

—Treinta... treinta y siete años —replicó tras una breve pausa. Es

curioso, no lo recordaba bien. ¿Para qué quiere saberlo?

—Simple curiosidad. Me pareció usted muy joven.

—Volvamos a la cuestión anterior. Resueltamente, ¿cuento con todos ustedes?

— Tiene nuestra conformidad —dijo Bill—. Yo me encargo de Merrick, el piloto. Le convenceré fácilmente. Y ahora voy a hacerle unas cuantas preguntas. Usted, como psicólogo, podrá satisfacer mi curiosidad. Dadas las especiales condiciones del asteroide Eros, ¿qué evolución supone usted que habrán sufrido los seres que lo pueblan? ¿Se inclina por las teorías darwinianas o cree en la hipótesis de Mendel?

Las facciones de Grunter se crisparon en un gesto de extrañeza.

—¿Darwinianas? ¿Mendel?... No estoy muy seguro de haber oído esos nombres antes. Explíquese mejor, por favor.

Bill Lorenz sonrió forzadamente.

—No me haga caso, Grunter —dijo—. Confundí la fisiología con la cibernética. Ya sabe, no son mi especialidad.

La placidez volvió al rostro del capitán.

—No tiene nada de particular. Yo mismo ignoro qué es la cibernética.

Bill consultó la hora.

—Acompáñame a la cabina de radio —dijo a Van Nees—. Deseo verificar los controles terrestres. Quizá haya surgido alguna variación en la longitud de onda.

El sargento técnico siguió a Bill hasta el interior de la cabina. Una vez a solas no pudo contener su impaciencia.

—¿Te has dado cuenta, Bill? ¡Ese hombre se ha vuelto loco! ¡En mi vida he oído mayor sarta de tonterías! ¡No sabe lo que son las teorías darwinianas ni recuerda a Mendel! ¡Si hasta un chiquillo de cinco años está enterado!

Una sonrisa escéptica apareció en las comisuras de los labios de Bill.

—Yo no diría que está loco —denegó suavemente—. Una persona perturbada mentalmente nunca olvida su edad. Y me consta que el capitán Ted Grunter tiene 45 años. *El verdadero capitán Ted Grunter*...

—¿Qué?... —los ojos de Van Nees parecieron a punto de desorbitárseles—. ¡Habla claro, por Dios! ¡No es posible lo que estás pensando!

Bill afirmó lentamente con la cabeza.

—Sí, Van Nees. El hombre que gobierna nuestra nave es un facsímil procedente de Eros... ¡Que Dios se apiade del auténtico Ted Grunter!

CAPÍTULO III
EXPERIMENTO INFERNAL

JANET Preston abrió los ojos, mas ninguna claridad llegó hasta ellos. Todo eran tinieblas a su alrededor. Ni el más leve resquicio de luz. Una opresión angustiosa la invadió. No le cupo la menor duda: estaba ciega, Inútilmente trató de discurrir algún medio para percatarse de lo contrario.

¿Qué le había sucedido? No recordaba absolutamente nada. Instintivamente llevó su reloj de pulsera al oído. No marchaba. Al dejar caer el brazo experimentó una asombrosa sensación de inestabilidad. Probó repetidas veces a efectuar diversos movimientos. Se hallaba tendida en el suelo, boca arriba. Al intentar ponerse en pie, su cuerpo se elevó como si hubiera dado un salto.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de la joven. Janet había estudiado todo lo referente al vacío. Y sabía perieetameivte cómo se comportaban los objetos introducidos en las campanas experimentales desprovistas de atracción gravitatoria. Ahora estaba ella sufriendo tales efectos.

Pero el medio ambiente en que se encontraba no era el vacío. Podía respirar libremente. El aire era limpio y fresco. Su contacto con los pulmones producía una agradable excitación.

Adoptando todo género de precauciones, Janet sentóse sobre el suelo. Necesitaba recapacitar, pasar revista a su mente, ordenar el tumultuoso torbellino de ideas que atormentaba su espíritu y evocar algo referente a su más próximo pasado...

Una noche de tormenta... El agua azotando los cristales de su habitación... Un palomar en el terrado...

Los recuerdos se abrieron paso en su cerebro. Ahora lo veía completamente claro. Tan claro y preciso que el espanto encogió su corazón.

No subió a la azotea del rascacielos impulsada por un deseo natural. Ei palomar no era suyo. Pertenecía a un vecino al que ni siquiera conocía. Acudió a una horrible cita guiada por un instinto morboso. En su cerebro se había retratado la imagen de unos seres monstruosos que la esperaban allá arriba. No sintió miedo, sin embargo. Incomprensiblemente captó el mensaje extraterreno. Era como si lo hubiera leído en una pizarra. La orden debía ser obedecida. Ni por un instante pensó rehuir el encuentro. Dio a su doncella la excusa de las palomas y cerró la puerta tras de sí.

Ahora los recuerdos se hicieron más vagos. Había alguien en la azotea. Y también una enorme caja cuadrada. Pudo observarla claramente a la luz de los relámpagos. Anduvo como una sonámbula y de pronto perdió el conocimiento.

¿Qué aspecto tenían aquellos horrendos seres? Su imaginación sólo retenía la imagen de unas formas alargadas, sin contornos definidos; fantasmas negros que se balanceaban al igual que los ahorcados.

Por asociación de idear relacionó su experiencia con el secuestro de Aldo Basher. Aquella noche sucedió algo muy parecido con el célebre biólogo.

Bill Lorenz, su prometido, aventuró la hipótesis de un rapto interplanetario. Y Geoffrey Lancaster se le rió.

Un estremecimiento de terror sacudió a Janet. ¡Un rapto interplanetario! ¿Sería posible que Bill tuviera razón?

No cabía otra explicación. Aquella pérdida de peso, la saturación excesiva de oxígeno en el aire y otros mil detalles, impalpables, pero acusados por el espíritu, confirmaban su ausencia del planeta Tierra.

Se encontraba probablemente a muchos millones de kilómetros de su patria, de sus objetos familiares, de Bill Lorenz... ¡Y sola, indefensa en un pavoroso mundo de tinieblas!

Pero Janet Preston no era una mujer cobarde ni propicia a caer en la desesperación. Difícilmente se dejaba llevar por pensamientos contrarios a la razón.

Estaba en una situación difícil y absurda. ¿Peligrosa también? Janet se encogió de hombros. Por el momento vivía. Ya era bastante, teniendo en cuenta que aquel mundo no era el suyo.

Primeramente examinó el lado práctico de la cuestión. Lo que más le preocupaba era su ceguera. Con los ojos bien abiertos y las imágenes delante, Janet hubiérase sentido con ánimos suficientes para emprender cualquier acción. Precisaba, por tanto, salir de dudas a este respecto.

Guiada por un impulso mecánico registróse los bolsillos. Halló su pañuelo en el del jersey; un llavero, la pluma estilográfica y varias monedas en los del grueso pantalón de fibra impermeable. No le faltaba nada, pues

El hallazgo de la pluma estilográfica le planteó una angustiosa tesitura. No tenía más que apretar un pequeño resorte y el extremo que hacía de linterna se encendería. Y entonces sabría si estaba ciega o no.

Hizo acopio de todo su valor para efectuar la presión. Una..., dos... y... ¡tres!

La oscuridad fue rasgada por un delgadísimo haz de luz.

Un suspiro de alivio brotó de los labios de Janet. Al instante

sintió renacer su fortaleza. Impulsivamente se apoyó con una mano en el suelo para ponerse en pie y otra vez el mismo fenómeno anterior la desplazó considerablemente del lugar. Resultó tan cómica su pirueta que estuvo a punto de soltar la carcajada. Tras recuperar con dificultad el equilibrio volvió a encender la lamparilla enfocando el haz luminoso a su alrededor.

Se encontraba en una estancia inmensa. La claridad artificial no alcanzaba más allá de quince a veinte metros. El techo y las paredes escapaban a la captación visual. El suelo era rojo, de un material sedoso y brillante parecido al raso.

Janet avanzó unos pasos conteniendo la respiración para conservar la estabilidad.

De pronto sus pies tropezaron con un objeto blando. ¡El halo de luz descubrió un cuerpo humano tendido cuan largo era!

La joven no pudo contener una exclamación de asombro al ver aquel hombre. Parecía dormido. Su pecho abombábase al compás de las exhalaciones de sus pulmones. Era joven y bien constituido. El rubio sombreado de sus mejillas denotaba que llevaba varios días sin afeitar.

Janet desvió la linterna y pudo ver cinco cuerpos más extendidos en hilera. Uno de ellos correspondía a una mujer

Su exploración quedó interrumpida al escuchar el rumor inconfundible de una maquinaria al ser puesta en marcha. Sonaba muy próximo, pero amortiguado.

Durante unos instantes quedó indecisa. Al fin adoptó una resolución.

Volvió a su primitivo lugar y se acostó a la espera de los acontecimientos.

Tuvo el tiempo justo. Súbitamente las tinieblas desaparecieron. La luz no provenía de ningún sitio en particular. Daba la sensación de que cada una de las partículas del aire se había iluminado por sí sola.

La muchacha abrió los ojos e incorporóse levemente. El recinto, como imaginara, era de vastísimas proporciones y tenía la forma de una cúpula. Las paredes y el techo eran de color rojo también.

Pero lo que sobrecogió su corazón y la hizo estremecer de espanto fue el indescriptible cuadro que se le ofreció enfrente mismo de ella y a una distancia de unos cuarenta metros.

Al principio negóse a dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo. Creyó ser víctima de una alucinación. Sin embargo, la realidad se impuso a toda consideración

¡Una «homoteca»!... Janet se maravilló de lo pronto que halló un nombre para aquella vaporosa exposición de seres humanos que se extendía ante su vista

Cientos de hombres y mujeres, ataviados con prendas comunes,

reposaban en absoluta inmovilidad sobre especies de camillas que en posición oblicua suspendíanse desde el techo por medio de finísimos cables negros. Sus rostros, acartonados y carentes de coloración, parecían estar hechos de cera. Algunos tenían los ojos abiertos, pero sus pupilas no despedían ningún brillo

Y más cerca, delante de las camillas, alineábanse infinidad de anaqueles repletos de vísceras y órganos viviseccionados.

Cosa curiosa, los instrumentos médicos, quirófanos y demás utensilios propios brillaban por su ausencia.

Janet se decidió a volver la cabeza y halló el mismo espectáculo detrás. Cuerpos y más cuerpos extendidos sobre las camillas.

Un extraño presentimiento le hizo mirar al techo.

Inmediatamente adoptó la postura anterior. Con los nervios en tensión y la respiración jadeante permaneció boca arriba. Su vista se clavó fijamente en un rectangular orificio recién abierto en la cúpula.

A través de él vio la negrura del cielo. Tres puntos luminosos destacábanse muy brillantes, pero sin centelleo alguno. Eran estrellas. Janet achacó la invariabilidad de su fulgor a la falta de atmósfera exterior

De pronto, las estrellas desaparecieron. Algo se había interpuesto entre ellas.

Lo que contempló a continuación colmó su horror Un objeto negro, cual gigantesco murciélago, se desprendió del hueco para dejarse caer con un lento balanceo sobre el rejo suelo. Seguidamente otras dos figuras semejantes se descolgaron de la escotilla.

Por un momento permanecieron reunidas junto al extremo de una de las hileras de camillas. Una sucesión de roncos graznidos quebró el silencio de la sala.

Luego, una de las escalofriantes visiones se dirigió hacia donde se hallaba Janet.

La muchacha cerró los ojos, próxima a desvanecerse. La sensación de espanto agarrotó todos sus músculos y se infiltró en cada una de las fibras de su ser. La inmovilidad se le hizo tan insoportable que creyó estar flotando sobre una superficie de plomo fundido. Sus mandíbulas se contrajeron desesperadamente en un supremo esfuerzo para evitar el grito de agonía naciente en su garganta. Durante unos segundos, infinitesimal fracción de tiempo que a ella se le antojó una eternidad, los latidos de su corazón se agolparon en un ritmo frenético que amenazó ahogarle la respiración.

Percibió con toda intensidad el olor nauseabundo de aquel monstruo de pesadilla. Debía estar muy cerca, quizá a su lado. Parecíale estar viéndolo a través de los cerrados párpados. La imagen continuaba fija en su retina, grabada con caracteres de fuego; una imagen correspondiente a un ser de forma alargada, recubierto de

negro y escamoso plumaje, alargado cuello y extremidades contráctiles. Recordaba vagamente a los vampiros, aunque su tamaño alcanzaba dimensiones casi humanas. Lo más espantoso era su cabeza. Era redonda, muy pequeña y desprovista de pelo o vellosidad. Los ojos, apenas dos resquicios alargados y sin párpados, estaban situados a ambos lados de una afilada protuberancia córnea a modo de pico. Inmediatamente debajo se hallaba lo que debía ser la boca: una especie de ventosa grisácea poco sobresaliente del resto.

Incapaz de dominar el terror, Janet abrió los ojos. El monstruo ya no estaba allí. Ahora, el lento deslizar de sus garras inferiores le llevaba hasta los otros cuerpos yacentes. Al llegar al último se detuvo. El chirriante graznido de antes volvió a oírse.

Sus compañeros acudieron junto a él. Con el rabillo del ojo, Janet contempló perfectamente todos sus movimientos. Afortunadamente para ella había logrado superar la crisis de histerismo y ahora el terror apartábase para dejar paso a la curiosidad.

Impulsada por algún misterioso mecanismo, una enorme estructura metálica había surgido del suelo y reposaba sobre él a una distancia regular de la muchacha. El vibrante zumbido de su maquinaria resonó poderosamente en la estancia ahogando el rumor de los graznidos de aquellos seres alados.

Janet no había visto jamás un artefacto semejante. Y preguntábase vanamente para qué servirían tan complicados engranajes y bobinados Por los numerosos chispazos que brotaban entre la maraña de cables dedujo que la maquinaria funcionaba eléctricamente. La mayor parte de las descargas tenían lugar alrededor de una pija que contenía hasta sus bordes un líquido aglutinoso e hirviente.

Después sucedió algo alucinante. Los tres vampiros, o lo que fuesen, desplegaron sus negras alas y ayudados por ellas levantaron en vilo uno de los cuerpos que yacían en el suelo y lo sujetaron con garfios a un pedestal que comenzó a girar rápidamente,

Durante unos minutos, un flujo de zigzagueantes rayos atravesó el cuerpo, yendo a perderse íntegro en el burbujeante recipiente. Una espesa humareda ocultó la escena totalmente.

Cuando el pesado vaho se disipó, el pedestal había cesado de girar. Asimismo las descargas eléctricas disminuyeron y el rumor de los motores se amortiguó progresivamente.

Janet sintió que el frío traspasaba sus carnes. No era una aprensión ciertamente. La temperatura debía haber descendido bajo cero, ya que el líquido que contenía la pila se había solidificado.

Los garfios del pedestal fueron soltados y el cuerpo del hombre, trasladado a una de las camillas desocupadas.

La atención de los monstruos se concentró ahora en el recipiente.

El zumbido de la maquinaria volvió a sonar, esta vez con rítmicas intermitencias.

Y de pronto, algo comenzó a sobresalir de la oblonga pila; algo cuya apariencia erizó los cabellos de Janet.

Porque ese algo no era ni más ni menos que un androide; una figura humana copia exacta del cuerpo sometido al experimento. Un diabólico retrato viviente fabricado allí mismo. ¡Delante de sus propios ojos!

Como un autómata, vistiendo idénticas ropas que su modelo, el androide salió del modelo y quedó inmóvil junto a los monstruos. Estos le obligaron a andar hasta quedar debajo mismo de la abierta escotilla del techo. Uno de ellos se apartó rápidamente y desapareció del radio visual de la joven.

Durante el transcurso de tiempo que duró el experimento, Janet pudo apercibirse de un detalle que anteriormente le pasó inadvertido. Las extremidades superiores de aquellos seres tenían la forma de alas y de sus extremos pendían sendas garras mucho más perfeccionadas que las que oficiaban de patas. Cada una de ellas se ramificaba a modo de alargados dedos o mejor aún de tentáculos desarticulados.

A su olfato llegó nuevamente el nauseabundo olor. Cerró los ojos y contuvo la respiración. Un sudor frío le invadió al sentir un leve roce en los pies. Creyó llegada su hora final.

Sin embargo, nada ocurrió.

Al cabo de unos instantes entreabrió los párpados. En aquel momento los monstruos desaparecían por el hueco de la escotilla. Y a continuación, ascendiendo por una barra vertical, le siguió el androide.

Al quedarse sola, Janet experimentó con intensidad jamás igualada una angustiosa sensación de desamparo. Lo que había presenciado superaba cualquier engendre de una mente enloquecida. Y pensó también que tarde o temprano ella sería víctima del mismo experimento

Una idea asaltó su cerebro. Fue una inspiración dictada por el loco deseo de huir ¿Adonde?... No lo sabía ni le importaba. Tenía que escapar de aquel laboratorio demoníaco. ¡Escapar! ¡Perderse en la oscuridad de la noche y morir racionalmente! ¡Todo menos convertirse en un cobayo maldito!

La escotilla continuaba abierta. Y una barra metálica llegaba hasta ella desde el suelo.

No lo pensó más. Perder un instante podía significar el final de todo.

Con la facilidad que representaba su casi total pérdida de peso, Janet ascendió hasta la cúspide Una vez allí se dejó caer en el vacío. Durante unos momentos creyó que nunca tocaría terreno firme. Pero

por fin se posó sobre una superficie quebradiza.

Delante de ella vio una especie de bosque. La débil claridad de las estrellas iluminaba el enramado de los árboles. Hacía un frío intensísimo y el aire parecía estar compuesto únicamente de oxígeno. Tal era su pureza vivificadora.

Janet echó a correr en dirección al bosque. Detrás dejaba un grupo de edificaciones semejantes a la que constituyó su cautiverio.

En su frenética huida no tropezó con ningún ser viviente. Tropezando, cayendo de bruces, volviéndose a levantar y siempre poseída de aquella ligereza sobrenatural. avanzó una considerable distancia.

Detúvose para descansar. Inesperadamente oyó un chasquido. Sonó tan próximo que Janet se sobresaltó.

Temerosa, fue a volverse y en ese instante una materia blanda y tibia tapó su boca. Inmediatamente se sintió cogida por la cintura.

Entonces se desvaneció.

CAPÍTULO IV
UN SALTO EN EL VACÍO

LA gente tardó algún tiempo en conocer la verdad. Era necesario que los Gobiernos trataran de ocultarla. El desencadenamiento de una ola mundial de histerismo podía acarrear peores consecuencias que las derivadas de la amenaza real que se cernía sobre la Tierra.

Pero llegó el momento insostenible. El asunto se complicaba más y más y los rumores y comentarios alcanzaron tal grado de fantasía que el Comité de las Naciones decidió poner las cartas boca arriba.

Esto fue tres días después de la partida de la nave estelar con rumbo al planetoide Eros.

En la noche del once de enero todas las emisoras terrestres establecieron conexión en cadena con los micrófonos y equipos de televisión instalados en la sede del Departamento de Defensa de los Estados Unidos.

Obvio es decir la expectación que se organizó ante el anuncio de la conferencia de prensa. Una hora antes del comienzo suspendiéronse toda clase de actividades; centros de trabajo, espectáculos, lugares de recreo e incluso servicios públicos sufrieron la paralización total.

Zachary Erth, uno de los más destacados comentaristas yanquis, fue el elegido para interrogar al general Seyley Grvid, jete del Departamento de Defensa.

A las diez en punto, el éter lanzó la primera pregunta.

—Es del dominio público que habitantes de otros planetas han posado sus plantas en nuestro mundo —comenzó Zachary—. Y también se sabe que ello está relacionado con ciertas misteriosas desapariciones de hombres de ciencia. ¿Sería usted tan amable, general, que explicara concretamente lo que hay de verdadero y falso en esta superficial información que posee la gente?

—Con mucho gusto, señor Erth —la imagen del general Orvid se centró ante el objetivo de todas las cámaras—. Es completamente cierto que la Tierra está siendo objeto de atención por parte de otro planeta; mejor dicho, de un asteroide situado entre nuestra órbita y la de Marte. Eros es el asteroide en cuestión. Todos ustedes habrán oído hablar de él. Un insignificante cuerpo astral de treinta kilómetros de diámetro, sin atmósfera aparente y hasta ahora considerado como desprovisto de condiciones habitables. Sin embargo, se ha demostrado suficientemente que posee habitantes y que éstos han hecho acto de presencia en la Tierra.

—Bien, general. ¿Y qué hay de las misteriosas desapariciones? —instó nuevamente Zachary Erth.

—Para explicar éstas satisfactoriamente debo hablar primero de las naves estelares utilizadas por los habitantes de Eres. Muchos de ustedes se habrán preguntado cómo es posible que nuestros mecanismos de defensa no las hayan detectado e interceptado. Una curiosidad muy natural, teniendo en cuenta el grado de progreso alcanzado durante las últimas décadas. No me duele reconocer que hemos fracasado estrepitosamente Pero este fracaso no es atribuible a negligencias de ninguna índole. Precisamente en las postreras veinticuatro horas nuestros astrofísicos han descubierto las causas de tal invulnerabilidad. Y voy a darlas a conocer empleando el lenguaje más llano con el objeto de una mejor comprensión. Las naves procedentes de Eres se desplazan en el seno de «campos de fuerza» que, por afectar a la vez sus alrededores, permiten a aquéllas volar en el más completo silencio, como si se moviesen dentro de una burbuja de aire; este «colchón de aire impide, además, que la fricción funda los aparatos. Los campos de fuerza son creados por la utilización de los rayos cósmicos, «condensaciones de energía» que alcanzan la enorme cifra de 1.016 electrones voltios, o sea alrededor de cien mil veces la energía que podría obtenerse de la sublimación completa e irrealizable del núcleo de uranio. Con semejante sistema de propulsión, las naves de Eros no tienen necesidad de reabastecerse nunca, pues los rayos cósmicos existen en todo el Universo y, además, pueden burlarse a placer de todas las leyes de la inercia, pudiendo hacer los virajes más caprichosos y complicados. Por último, esta propulsión «a campo de fuerza» no encierra peligro alguno para el piloto; cada partícula de su cuerpo está sometida también a la acción del campo, de modo que la más cerrada de sus vueltas no acarrea ningún inconveniente. Por todo este cúmulo de circunstancias los radares son incapaces de detectar infaliblemente tales naves. Se posan y despegan de la Tierra en casi completa inmunidad —el general Orvid aprovechó una pequeña pausa para beber unos sorbos de agua.

«Ahora voy a la segunda parte de su pregunta, señor Erth. Las misteriosas desapariciones, como usted las denomina, no son otra cosa que raptos convertidos más tarde en asesinatos. Quizá me exprese con demasiada rudeza. No es mi propósito sembrar una ola de terror, sino, al contrario, serenar los ánimos y prepararlos para la defensa de nuestras vidas. Un número aproximado de mil personas han sido secuestradas en el corto plazo de dos semanas; las dos terceras partes de ellas durante los tres últimos días. El denominador común de todas las víctimas es su notoriedad en el campo de las ciencias. Astrónomos, físicos, biólogos, fisiólogos, expertos en gravitometría, técnicos cibernéticos y últimamente destacados estadistas. Pero lo

verdaderamente grave de la cuestión es su dramático desenlace. Sin excepción alguna, todos los sabios secuestrados son devueltos a la Tierra. ¡Y en qué condiciones! Retornan con las mentes vacías, convertidos en simples autómatas, aniquilados sus sentidos e incluso animalizados. Varios fisiólogos han tratado de demostrar que existe una duplicidad en sus organismos, pero esta teoría cómoda para explicar lo inexplicable no debe ser, y no es, admisible desde ningún punto de vista. Al menos en mi opinión.

—Está perfectamente claro, general —dijo Zachary Erth . Y de ello se deduce que nos hallamos ante un peligro. Ye me atrevo a preguntarle: ¿de qué índole es la amenaza que se cierne sobre nuestro planeta?

—En primer lugar, la eliminación de los más importantes hombres de ciencia y estadistas nos llevaría al caos. El progreso y la civilización quedarían destrozados. Todos los esfuerzos de mil generaciones habrían sido vanos y la desolación arruinaría nuestro mundo. Hasta hoy han sido un millar de científicos. Pero ¿y mañana? Tal vez serán miles, decenas de millares, nadie lo sabe. ¿Imaginan ustedes la magnitud de la catástrofe? Y eso sin contar con las amenazas exteriores, a cuya merced quedaríamos sin remisión.

—Es de presumir que tal predilección por parte de los habitantes de Eros lleve aparejado un propósito definido —sugirió Zachary—. ¿Quizá una invasión de la Tierra?

Seyley Orvid negó con la cabeza.

—Existen pocas probabilidades —dijo—. De ser así, nuestros tácticos militares y expertos en armamento habrían sido los primeros escogidos.

—¿Entonces?

—El planetoide Eros sufre constantes perturbaciones y desmoronamientos que le llevan indefectiblemente a la desintegración. Una hipótesis aceptable es la emigración de sus 'habitantes a otro mundo cercano. Marte, por ejemplo. Ello supondría una nueva adaptación de sus órganos vitales. Y a juzgar por los leves indicios que poseemos, Eros, planeta adelantadísimo en el terreno de la mecánica, no dispone de un gran avance fisiológico y estadista.

—-Voy a pedirle en nombre de todos los oyentes nos aclare un poco más este concepto. ¿De qué forma se valen los «eronianos», vamos a llamarles así, para obtener rendimiento de nuestros sabios?

—Me pide demasiado, señor Erth. Yo sólo puedo decirle que indudablemente obtienen tal provecho. Si tenemos en cuenta que los científicos secuestrados retornan con las mentes vacías, es evidente que sus experiencias y conocimientos se quedan en algún lado. Y ese lado, ¿qué duda cabe?, es Eros,

—Vayamos ahora a la parte más delicada. Puesto que la Tierra se

halla en el momento más difícil de su historia, hasta el punto que puede significar el retroceso a los tiempos primitivos, ¿qué medidas se piensan adoptar y qué probabilidades de éxito existen?

Seyley Orvid se detuvo unos instantes para reflexionar.

—Se han tomado ya las primeras medidas —replicó al fin—. Hace tres días partió una astronave en dirección a Eros. Misión exploratoria. A las seis y media de esta tarde se estableció el último contacto con su tripulación —Orvid consultó su reloj—. A esta hora quizá se hallen a punto de posarse en Eros. Muy pronto recibiremos los informes preliminares. A Dios gracias, la catástrofe que nos afecta coincide con la iniciación de los viajes interplanetarios. Esto puede ser una muestra más de la divina providencia que siempre nos ha protegido, por lo cual, pese a todo, me inclino a sentirme optimista con respecto al futuro. Si las primeras misiones exploratorias no diesen resultado, nos veríamos obligados a precipitar el fin de Eros por medio de explosiones nucleares. Una vez más recomiendo calma y serenidad. Los Gobiernos de todas las naciones velan por la seguridad común y pondrán los medios de su parte para garantizarla.

Seyley Orvid ss dispuso a dar por terminada la conferencia, pero el comentarista Erth detuvo con un gesto su retirada,

—Dos preguntas más, general —demandó cortés pero firmemente —. ¿Porqué los habitantes de Eros devuelven a nuestros sabios?

Olvid se encogió de hombros y sonrió.

—Vuelve a pedirme demasiado. El enigma es tan complejo que no me permite aventurar la respuesta. ¿Había otra pregunta?

—Sí. Y ésta no tiene nada que ver con la cuestión que nos ocupa. Todo el mundo está pendiente de la expedición a Marte. Sabemos que Freddie Lang coronó con éxito la hazaña. ¿Cuándo es el regreso?

Una expresión grave asomó al semblante del general Orvid. Por un momento pareció titubear, pero al fin se sobrepuso

—Freddie Lang no regresará jamás —replicó—. En su última comunicación informó que su astronave había sido destruida por fuerzas desconocidas. Y ya no se ha sabido nada más...

* * *

—No hay error posible —dijo John Barton—. Este hombre es Ted Grunter. El análisis encefálico de los psitrones concuerda con su ficha.

—Entonces, no lo comprendo —Bill Lorenz se acarició la barbilla con gesto pensativo—. Realmente es increíble.

—Se habrá vuelto loco— sugirió Gordon McLean.

Lorenz le miró abstraídamente. Tendido sobre una especie de quirófano reposaba el cuerpo inmóvil del capitán Grunter. Sobre su pálida frente se distinguían dos pequeñas incisuras de rojizos bordes.

—Esa seria una explicación demasiado sencilla —dijo Bill tras un corto silencio—. No, no estoy de acuerdo. Escucha, Barton, ¿cuánto

tiempo hace que estudiaste Medicina?

—¿Dudas de mí, acaso? —inquirió con acritud.

Bill sonrió.

—Ya sé que eres un excelente neurólogo además de un experto en radiocomunicaciones —contestó—. Perdona mi pregunta. Pero es que me resisto a creer que Ted Grunter haya cambiado de tal forma. A menos que...

Bill se interrumpió, juzgando inverosímil lo que iba a decir.

—Continúa, Bill —instóle McLean mirándole fijamente a través de sus gruesos anteojos de concha.

Una expresión irónica se reflejó en las varoniles facciones de Lorenz.

—Se me ocurrió que tal vez Grunter haya estado en Eros. Quiero decir que se lo llevaron y de algún modo logró escapar. Pero eso es un disparate. No me hagáis mucho caso.

El sargento Van Nees emitió una risita saturada de puro nerviosismo.

—Todo lo que está ocurriendo es un disparate —dijo—. Ya no sabemos donde están los limites de lo racional e irracional.

Barton señaló el cuerpo del capitán Grunter.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó.

—Aplicarle la catalepsia artificial —contestó Lorenz—. No queda otro recurso. Si conseguimos regresar a la Tierra se le aplicarán los tratamientos adecuados. Mientras tanto, alguien deberá encargarse del mando de la astronave. Tú mismo, McLean.

— ¡Oh, no! —declinó el físico—. Nadie mejor que tú. ¿No os parece, muchachos? En Bill Lorenz concurren circunstancias especiales.

Lorenz enarcó las cejas.

—¿Te refieres a Janet Preston?

—No hay más que hablar, Bill —decretó Van Nees—. Tú eres el capitán de la nave...

La puerta que comunicaba con la cabina de pilotaje se abrió bruscamente. Tom Merrick apareció con tal impulsividad que sobresaltó a todos. Su juvenil semblante, de ordinario risueño, estaba pálido como la cera.

—Pero... ¿No os habéis dado cuenta? —su voz sonó como un grito de angustia.

—Darnos cuenta ¿de qué? —inquirió Lorenz avanzando un paso hacia el piloto.

— ¡Estamos rodeados por más de cien astronaves! ¡Merodean por todas partes como lobos hambrientos!

La declaración de Merrick cayó como una bomba sobre el ánimo de los circunstantes. Se miraron estupefactos. Los instantes se

sucedieron preñados de angustia.

Fue Bill Lorenz ei primero en reaccionar. En dos zancadas se plantó ante uno de los miradores telescópicos. Una palidez cenicienta se extendió por su semblante y los latidos de su corazón se aceleraron al máximo.

¡El negro espacio sideral aparecía moteado por infinidad de puntos blancos!

Daban la sensación de completa inmovilidad cual un enjambre de luciérnagas que hubiesen detenido su vuelo por virtud de un mágico encantamiento.

— ¡Vuelan a la misma velocidad que nosotros! —exclamó McLean excitadisimo—. ¡Son astronaves de Eros!...

La afirmación del físico fue suficiente para que todas las miradas se clavaran en el irregular globo que, parcialmente iluminado por la luz solar, flotaba en el cielo a muy corta distancia de ellos.

La tétrica penumbra que rodeaba al astro, sutil halo misterioso, era como el anuncio de un agorero futuro; un presagio de mortíferas asechanzas que ya se confirmaban.

La radio etérica comenzó a emitir una serie de extraños zumbidos.

John Barton corrió a la cabina y se dispuso a manejar los controles. Al cabo de un momento sintióse invadido por la desorientación. Alguien intentaba ponerse en comunicación con ellos. Barton probó a establecer conexión con las emisoras terrestres, pero su esfuerzo resultó vano. Los chasquidos parásitos resonaban aturdidores en cualquier longitud de onda.

McLean y Bill Lorenz acudieron junto al radio- operador.

—¿Qué sucede? —preguntó Bill dirigiendo una mirada escrutadora al complicado cuadro de mandos.

Barton giró la cabeza.

—No funciona bien —dijo levantando la voz para hacerse oír entre la confusa mezcla de sonidos—. Las ondas están interceptadas.

—Prueba los canales extracortos —sugirió Bill—. Quizá sean perturbaciones solares.

No muy convencido, Barton siguió las instrucciones de Bill. Al efectuar una de las variaciones de onda, la radio enmudeció. ¡Y en ese mismo instante la luz violeta que denunciaba la captación fija de una emisora se encendió!

—¡Ahora!... —exclamó Barton manteniéndose a la expectativa.

—O mucho me equivoco o...

McLean se detuvo a mitad de la frase. Un ruido indescriptible empezó a surgir del altavoz.

— ¡Otra vez los parásitos! —rezongó Barton.

Bill atenazó con un rápido movimiento la muñeca del radioperador

para impedir que tocase los mandos.

—¡Un momento, Barton! Eso no son parásitos.

—¿Qué? —el técnico enarcó las cejas en un gesto de estupor.

—Son sonidos articulados. Escucha bien.

—¡Por Venus! ¡Tienes razón!

McLean y Lorenz acercáronse al altavoz inclinando sus cabezas para escuchar mejor.

La decepción se pintó en todos los semblantes. Nadie era capaz de comprender el significado de aquella especie de gorjeos y graznidos emitidos por la radio.

Barton tomó el micrófono con ambas manos.

—El «Hidalgo» al habla... Contesten a la nave terrestre... El «Hidalgo» al habla...

Los incomprensibles sonidos redoblaron su intensidad, mas ningún cambio se advirtió en ellos.

—¿Oísteis cosa igual? —preguntó Barton con evidentes síntomas de inquietud—. Es como si hubiésemos conectado con una granja.

—Déjalo. John —aconsejó Bill—. Tenemos cosas más importantes que hacer. Volvamos a los puestos de observación

Al salir de la cabina, el grupo se encontró con George Van Nees, que acudía en su dirección. Tenía alteradas las facciones por el sobresalto.

—¡Preparaos para contemplar algo bueno! exclamó cogiendo del brazo a Bill y llevándolo hasta una de las ventanillas—. ¡Mira!...

Un espectáculo inaudito se ofreció ante sus ojos. A cosa de dos millas de distancia, un multicolor y zigzagueante desfile de luces formaba el más fantástico cuadro que imaginar se pudiera. Las desconocidas astronaves cruzaban el espacio en todas las direcciones dejando marcadas sus estelas en un área reducida y de circular configuración. Era como si una mano gigantesca tejiera frenéticamente en un telar invisible. Los luminosos hilos desprendidos de las naves se agrupaban y enlazaban a un ritmo vertiginoso.

Bill fue el primero en apercibirse de que iban directamente hacia aquella mancha fosforescente.

Buscó con la mirada a Tom Merrick, el piloto, y al no encontrarlo presente se lanzó en su búsqueda.

Entró como una exhalación en la cabina

—¡Cambia el rumbo, Merrick! —ordenó imperiosamente—. ¡Vamos a estrellarnos contra esa barrera!

—¡No puedo! —contestó el piloto—. ¡Ya he hecho todos los posibles! ¡Los mandos están agarrotados!

—¡Detén la llave, pues! ¡Invierte las velocidades!

—¡Te repito que no puedo! —el acento de Merrick era angustiado —. ¡Es algo superior a nuestras fuerzas!

Bill apretó los puños consumido por una rabia impotente. Una sarta de maldiciones se escapó de sus labios

El círculo luminoso se encontraba ahora frente a ellos. Gigantesco y fulgurante cual una plataforma de fósforo. La formación de astronaves habíase alejado hasta el punto de perderse casi de vista.

Sólo se oía la respiración entrecortada de la tripulación. El ambiente era tenso y parecía cargado de electricidad. Todos esperaban que sucediera lo irremediable.

Y sucedió...

La astronave penetró en el área de luz. El efecto fue idéntico que si hubieran chocado contra un muro elástico. Los cinco hombres fueron despedidos hacia el suelo y rodaron por él en indescriptible confusión.

McLean y Van Nees pusiéronse rápidamente en pie y ayudaron a salir de debajo del tablero de mandos a Merrick, Barton y Lorenz. Este se llevó una mano a la frente y la separó llena de sangre.

—No es nada —dijo—. Un corte superficial.

Avanzó tambaleante hasta el mirador y de pronto se detuvo asombradísimo.

—¡Cielo santo! —exclamó señalando tres o cuatro gotas que impregnaban el suelo—. ¿No os dais cuenta? ¡Fijaos cómo gotea mi herida!

Bill sacudió la cabeza violentamente logrando que nuevas gotas se desprendieran de su frente.

McLean le miró sin comprender. Y otro tanto hicieron los demás.

—¿A qué diablos te refieres? —preguntó aquél enojado por el nulo interés que Bill prestaba a la nueva situación.

—¡La gravedad! ¡Nos hallamos dentro de un campo gravitatorio!

John Barton comprendió en seguida. En un santiamén se despojó de los imantados zapatos y comenzó a dar saltos.

—¡Igual que en ¡a Tierra! —chilló—. ¡Bill tiene razón!

—¡Por eso nos desviamos del rumbo! —declaró McLean—. ¡Las naves enemigas crearon el campo de atracción para atraparnos!

—¿Naves enemigas? —inquirió George Van Nees. Su rubicunda y plácida faz adquirió una expresión zumbona—. ¿Cómo lo adivinaste?

— ¡Ahí lo tienes! —replicó Barton—. ¡Ya están aquí otra vez!

—Un momento —habló Bill—. Vamos a organizar esto. Estamos detenidos en el espacio. Las naves enemigas. pues no hay que dudar de sus intenciones, se hallan al alcance de nuestras armas. Tú, McLean, y tú, Barton, encargaros de ellas. Disparad únicamente si somos atacados. Mientras tanto, nosotros iremos poniéndonos los trajes espaciales. Luego, os reemplazaremos

—¿Crees que habrá necesidad de salir de la nave? —preguntó Van Nees.

—Debemos estar preparados para cualquier contingencia. Y no hablemos más. Manos a la obra.

Pocos minutos más tarde, los seis hombres de la tripulación se hallaban enfundados en sus nuevos atavíos. Al capitán Grunter, sin conocimiento todavía, le sujetaron fuertemente en la camilla a fin de que las posibles conmociones que sufriese la nave no le arrojaran al suelo

—Y bien, sólo nos queda esperar —dijo McLean.

—Quisiera saber qué se proponen dando tantos rodeos —terció Van Nees—. Escucha, Bill, ¿por qué no me dejas que dispare una andanada? Tal vez les pongamos en fuga.

Bill sonrió.

—¿Y de qué nos serviría? —preguntó—. No podremos salir de esta área sin su ayuda.

John Barton se rascó la cabeza con gesto pensativo.

—Es curioso —dijo—. Nadie ha nombrado la procedencia de esas astronaves.

—Está fuera de toda duda —decretó Bill—. Todos sabemos que proceden de Eros.

—¡Atención! —gritó Tom Merrick—. ¡Ya se han decidido a venir!

En efecto; los puntos luminosos se habían agrandado considerablemente y algunos se hallaban a punto de penetrar en el fosforescente círculo.

McLean y Barton repasaron una vez más los dispositivos de las armas nucleares a su cargo. Merrick, con las manos sobre los controles de mando, aguardaba impaciente que éstos respondieran nuevamente. Y George Van Ness y Bill permanecían materialmente aplastados contra los miradores telescópicos, observando la progresiva aproximación de las astronaves.

Los instantes se sucedían saturados del más intenso dramatismo. La pasividad de los terrestres, factor obligado, constituía el principal motivo de desasosiego. Nadie quería darse cuenta, pero la realidad es que estaban prisioneros. Presos en el reducto más inexpugnable: ¡el espacio!... Una inmensa celda sin barrotes ni guardianes. O peor aún: convertidos en muertos vivientes que vagan por la árida desolación de un cementerio flotante.

Las naves, desplegadas en caprichosas formaciones. continuaban acercándose. Su velocidad se había reducido considerablemente. Aquellas que habían penetrado en el área luminosa dejaban ver con claridad sus perfiles. Sus formas eran diversas, aunque estaban caracterizadas por la carencia absoluta de alas. La mayoría se ajustaban a los modelos pergeñados por los observadores de los célebres «platillos volantes», lo que venía a confirmar que sus descripciones, tantas veces refutadas como fantásticas, se basaban en

la pura realidad.

La tripulación terrestre contempló en el colmo del estupor cómo dos de las astronaves se destacaban del resto y acudían directamente a su encuentro.

— ¡Bill, per favor… la voz de Barton sonó lastimera—. ¡Déjame disparar! ¡Si no nos damos prisa nos aniquilarán!

Lorenz miró por él rabillo del ojo a su compañero y vio cómo sus dedos índices acariciaban ansiosos los pulsadores electrónicos del cañón nuclear.

—Calma, Barton —recomendó serenamente—. Nadie sabe aún lo que pasará.

Las dos astronaves se hallaban ahora a unos cincuenta metros del «Hidalgo». Su aéreo deslizar era lentísimo y oscilante. Un fuerte resplandor surgía de sus cúpulas centrales. El resto de sus metálicas estructuras giraba vertiginosamente sobre ocultos ejes.

Paulatinamente se fueron separando cual aves de rapiña al acecho de su presa. Luego, describiendo un breve semicírculo, acercáronse nuevamente hasta quedar rozando ambos flancos del «Hidalgo».

En la cabina de pilotaje, Tom Merrick contemplaba desesperadamente las alocadas oscilaciones de los instrumentos de medición. Parecían haberse entregado a una diabólica danza.

De pronto, la aguja del velocímetro recobró su posición normal e instantes después iniciaba un ligero avance.

Merrick alzóse del asiento y miró al exterior a través de la transparente portilla. Su juvenil semblante reflejó el asombro ¡El «Hidalgo» había dejado atrás el luminoso campo magnético y se deslizaba raudo por el espacio!

El piloto abandonó la cabina y corrió a donde estaban sus compañeros.

—¡Ya estamos en marcha otra vez! —su afirmación era a todas luces inútil, pues el fenómeno no había pasado desapercibido a nadie.

Al tiempo que acababa de encajarse sus imantados zapatos, John Barton levantó la cabeza para mirar a Merrick.

—¡Y de qué manera! —exclamó—. ¡Nos han capturado del modo más estúpido!

Bill le dirigió una mirada recriminadora.

—Vives aún, ¿no es cierto? —su voz sonó áspera—. Y nuestro rumbo no se ha desviado un ápice del objetivo previsto. Sea como fuere, vamos a Eros.

—Sí. ¡Y menudo cortejo llevamos! —Barton no se resignaba a tal pasividad.

McLean regresó de su puesto de observación y se sentó en uno de los bordes de la camilla de Grunter.

—Esto es más de lo que pudimos imaginar —dijo cruzándose de brazos—. Verdaderamente resulta extraordinaria nuestra facilidad de adaptación.

Bill encendió un cigarrillo.

—¿A qué te refieres? —preguntó lanzando una bocanada de humo.

El larguirucho rostro de McLean esbozó una sonrisa sarcástica.

—Este es el segundo viaje interplanetario que los terrestres realizan. Expuesto a mil fallos técnicos, a los ignotos peligros de los rayos cósmicos, a las lluvias de aerolitos y a no sé cuántas cosas más. Por nuestro comportamiento hasta ahora no parece sino que estemos efectuando un crucero de placer. Mi padre afirmaba que cuando era piloto de caza durante la guerra de 39 perdía de uno a dos kilos en cada raid de combate. ¿Y qué era aquello al lado de una misión de estas? Realmente somos magníficos. Estoy seguro de que mi pulso no ha variado lo más mínimo.

—A Cristóbal Colón debió ocurrirle algo parecido al encontrarse entre los indios —declaró George Van Nees—. Estos que nos rodean son los indios del escario…

—Sí; indios que en lugar de utilizar arcos y flechas manejan los campos de fuerza electromagnéticos. Una pequeña diferencia —apostilló humorísticamente John Barton.

—Todo eso está muy bien, pero ¿qué hacemos? —apremió Tom Merrick—. Charlando no resolveremos nada,

Bill Lorenz fijó su mirada en la brillante brasa de su cigarrillo.

—No hay nada que resolver… de momento —contestó—. Y charlando se aflojan los nervios.

—Tienes razón, Bill ?—dijo McLean—. Puesto que nos queda tiempo para hacerlo, ¿por qué no explicas lo que piensas acerca del campo gravitatorio creado por esas astronaves? Tú eres un experto en la materia.

Bill sonrió.

—Eso creía —replicó—. Pero por lo que he visto, sólo soy un simple aprendiz.

—Alguna idea tendrás… —alentó Van Nees.

—Muy vaga. Simplemente puedo decir que los seres inteligentes de Eros han hallado la fórmula de crear un campo gravitatorio dentro del vacío absoluto, aprovechando quizá una propagación de energía magnética que transmuta en masa los rayos cósmicos. Varios especialistas en Gravitometría dan como posible dicha transformación desde un punto de vista teórico. Algo parecido a la fotosíntesis de la clorofila. Ahora bien; prácticamente no se ha resuelto nada. En cuanto a su aplicación, ya la habéis podido comprobar. Nuestra nave ha quedado aprisionada dentro del campo de atracción, los instrumentos magnéticos han sido polarizados y, por tanto, reducidos a la inutilidad

y finalmente hemos quedado convertidos en un cuerpo inerte. Con sólo un pequeño impulso exterior, el «Hidalgo» irá a donde deseen.

—Perfectamente claro —dijo Merrick, el piloto—. Las dos astronaves de Eros son las que nos impulsan.

Bill asintió.

—For medio de otra aplicación gravitométrica. Ciertamente parece que nos llevan alguna ventaja sobre este aspecto.

La charla decayó considerablemente. Alguien insinuó que el capitán Grunter fuese reanimado, pero Bill Lorenz se opuso temiendo que su desequilibrio mental repercutiese sobre el ánimo de los demás. Aquella era una situación muy delicada y cualquier paso en falso podría revestir fatales consecuencias.

Durante cerca de dos horas, el «Hidalgo» continuó su veloz marcha hacia el planetoide Eros. De sus costados no se despegaban las astronaves captoras. Y evolucionando por los alrededores, en tenaz escolta, veíanse las compactas formaciones siempre obedeciendo idénticas trayectorias elípticas.

Eros se mostraba ya a una distancia que permitía la observación directa a simple vista. El hemisferio hacia el cual se dirigían comenzaba a ser tenuemente iluminado por la luz del sol, justo a las cuatro horas y media de iniciarse la noche. Las protuberancias y depresiones del planetoide adivinábanse por el complicado sombreado de su superficie.

Me Lean hizo desaparecer la colilla de su cigarro en el cenicero automatico y preguntó:

—¿Qué distancia, Bill?

El interpelado alzó la cabeza y examinó su cuaderno de anotaciones.

—Treinta y siete mil quinientos kilómetros. Dentro de diez minutos entraremos en la órbita de atracción —añadió consultando el reloj.

—¿Cómo nos las arreglaremos para aterrizar? —inquirió Merrick, siempre preocupado por el control de la nave.

George Van Nees volvióse hacia el grupo y dijo con la mayor naturalidad:

—No aterrizaremos, Torn. Si os dignais echar una mirada por la portilla me daréis la razón.

Bill se levantó y acudió a la portilla. Los demás le imitaron.

—¡Una astronave nodriza! —exclamó Merrick estupefacto— ¡Ahora sí que estamos cogidos!

En efecto, sobre el «Hidalgo» y a una altura de unos quinientos metros, había aparecido una gigantesca astronave cuyas dimensiones superaban las de un acorazado terrestre. La parte inferior de su fuselaje, circular superficie lisa, mostraba una compuerta abierta

profusamente iluminada desde el interior.

Las formaciones de naves que constituían la escolta del «Hidalgo» habíanse esfumado en la impenetrable oscuridad estelar.

Bill volvió a consultar su reloj. Una leve expresión de ansiedad alteraba sus varoniles y bien formadas facciones.

—Sólo pido ocho minutos más... —murmuró quedamente.

—¿Qué te propones, Bill?

Lorenz clavó sus negras pupilas en McLean. Sus labios estaban contraídos por el nerviosismo.

—¡Escuchad mi plan! —dijo resueltamente— Permanecer prisioneros en el espacio es una cosa; y ser capturados en el interior de una astronave, otra. Esta última alternativa equivale a renunciar a toda lucha. Dicho en otras palabras: equivale a traicionarnos a nosotros mismos.

—¿Quieres decir que ahora sí debemos disparar?

Las pupilas de Lorenz se transformaron en dos diminutos puntos de luz.

—Quiero decir que vamos a intentar escaparnos —replicó recalcando las sílabas—. Poner atención. Dentro de seis minutos penetraremos en la zona gravitatoria de Eros. Si antes de este tiempo no nos ha capturado la astronave nodriza, estaremos salvados mediante una estratagema que únicamente requiere un poco de valer y sangre iris. ¿Estáis dispuestos a arrostrar las consecuencias?

A una sola voz replicaron todos afirmativamente.

—Bien —continuó Bill—. La estratagema consiste en saltar a vacío.

—¡Una caída desde treinta kilómetros de altura! ¿Estás loco. Bill? ¡Nos haremos papilla!

—Te equivocas, Van Nees —replicó Bill sonriendo. Durante ios primeros veinticinco kilómetros nuestra caída será tan lenta que apenas la notaremos. Y luego eí resto de la distancia será franqueado en un suave deslizar cuya aceleración final convertirá el salto en un juego de niños. Recuerda que el peso medio de un hombre en Eros es tres kilos y medio.

—¡Abandonar la nave! —Merrick meneó la cabeza negativamente —. No, Bill. Haced lo que queráis. ¡Yo me quedo!

Las facciones de Bill adoptaron una expresión severa.

—Es una orden, Merrick —dijo con suavidad—. Tú saltarás con nosotros.

El piloto efectuó un rápido movimiento y esgrimió su pistola de rayos paralizantes con la que apuntó a Bill.

—¡He dicho que me quedaré! —repitió con un acento que no dejaba lugar a dudas—. Tú entenderás mucho de leyes gravitatorias pero para acatar tu plan hace falta estar tan loco como el capitán

Grunter.

Bill Lorenz desvió su mirada del arma y la posó sucesivamente en los rostros de los demás.

—Escoged entre Merrick y yo —dijo—. Faltan tres minutos

Instintivamente todos miraron a través de la portilla. La inmensa astronave nodriza se hallaba ahora a unos cien metros de altura. Los complicados engranajes de su estructura interior distinguíanse perfectamente por la compuerta.

En ese preciso instante, las dos naves que impulsaban al «Hidalgo» despegábanse lentamente de ambos flancos para facilitar, sin duda, las maniobras del vehículo nodriza.

—Uno de los dos —repitió Bill—. Tom Merrick o yo.

—Contigo, Bill —decidió Van Nees avanzando un paso hacia el capitán.

Se sucedió un momento de dramática tensión emocional. Después, sin previo acuerdo, John Barton y McLean pasaron junto a Bill.

Quedó solo Tom Merrick. En su agraciado y juvenil rostro se leían la ansiedad y el temor. La mano que sostenía su pistola temblaba visiblemente.

—¡No me abandonéis! —exclamó con voz alterada. ¡Bill, no lo consientas!

Bill Lorenz dio media vuelta y se dirigió a la camilla donde reposaba el cuerpo inerte del capitán Grunter. Las ligaduras cayeron al suelo.

—¡Bill...!

La exclamación de Merrick sonó como un latigazo.

Lorenz se giró hacia el piloto.

—¿Qué hay? —preguntó realizando un esfuerzo sobrehumano porque su voz resultara normal.

—¡Deja a Grunter conmigo! ¡Si vuelves a poner tus manos sobre él te fulminaré! ¡A tí y a todos vosotros...! ¡Ahora, largaos al diablo!

Bill consideró las posibilidades de dejar fuera de combate al atemorizado piloto, pero las desechó percatado de que cualquier acción contra él podía significar una catástrofe de consecuencias inimaginables.

Así, pues, decidió hacer caso omiso de Merrick. El factor tiempo no dejaba lugar a reflexiones de ninguna índole.

—Un minuto falta —dije—. Poneros las escafandras. Si conseguimos llegar con vida a la superficie del planeta utilizad los transmisores en frecuencia W-92. Antes de emprender cualquier acción debemos tratar de reunimos. No lo olvidéis.

Una fuerte sacudida hizo vibrar las paredes de la nave. Todos miraron hacia arriba. ¡Estamos a punto de ser capturados! Sendos

garfios rozaban ya la estructura del «Hidalgo». Un instante después, y…

—¡Ahora! —gritó Bill Lorenz manipulando el dispositivo que abría la escotilla inferior—. ¡Vamos, rápidamente! ¡Aún tienes tiempo, Merrick!

Uno a uno, los cuatro hombres se dejaron caer en el negro abismo sideral.

La escotilla se cerró nuevamente.

CAPÍTULO V
VENDEREMOS CARAS NUESTRAS VIDAS

Janet Preston creyó despertar de una horrible pesadilla. Vana esperanza. Los recuerdos afluyeron con rapidez a su mente trasladándola otra vez a la realidad. Un escalofrío sacudió su espinazo al evocar el instante en que algo o alguien habíale atacado. Su mirada intentó penetrar a través de la oscuridad pero sólo vio el confuso sombreado de los árboles enanos que la rodeaban.

Un leve cuchicheo sonó a su espalda. Se incorporó más vivamente de lo que se propusiera.

—¡No se asuste, señorita! —el cuchicheo se convirtió ahora en una expresión inteligible— ¡Estoy aquí!

Janet contempló con indecible alivio la aproximación de una figura humana. Había surgido de entre unos matorrales cercanos y caminaba con soltura, evidente signo de su aclimatación a la escasa fuerza de gravedad reinante.

Era un hombre joven, muy corpulento y de atildada vestimenta. Su rizada cabellera negra enmarcaba un semblante de facciones sumamente correctas. Sonrió con jovialidad al tiempo que alargaba su diestra a Janet

—Perdone que interrumpiera su carrera de antes —dijo a guisa de saludo—. Me di perfecta cuenta de su estado de terror y quise impedir que se pusiera a gritar. Los «youghs» la hubieran descubierto inmediatamente. Puesto que nadie nos puede presentar comenzaré haciéndolo yo mismo. Mi nombre es Defac Teight, ciudadano de los Estados Unidos.

—Defac Teight... —Janet hizo un esfuerzo por recordar—. He oído ese nombre alguna vez.

El joven esbozó una sonrisa de modestia.

—Soy catedrático de Geología en la Universidad de Columbia —aclaró—. Hace un par de años publiqué un libro que tuvo bastante aceptación sobre las arenas rojas de Marte.

—Ahora lo recuerdo perfectamente —las hermosas facciones de Janet compusieron un gesto de aliviada comprensión—. Usted fue el que organizó aquella célebre polémica con el «Tribune».

—Buena memoria, señorita…

—¡Oh, me olvidé de presentarme! Mi nombre es Janet Preston...

—Profesora de parapsicología de la Facultad de Nueva York —completó Teight—. No me pregunte cómo lo sé. Todos los humanos

que estamos en este maldito mundo somos más o menos conocidos. Es el denominador común que nos une a la desgracia.

—¿Cuál es ese maldito mundo? Ni siquiera lo sé dónde nos hallamos.

Teight se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —replicó—. Supongo que esto será un asteroide. Mire aquella estrella. Es la Tierra. Y esa otra, Marte. Nos encontramos dentro de las órbitas de esos dos planetas. Es todo lo que puedo decirle. ¿Cómo escapó de los «youghs»?

—¿«Youghs»?... Se refiere sin duda a esos monstruos.

Antes de contestar, el geólogo cogió de la mano a Janet invitándola a andar hacia una quebradura del terreno.

—Estaremos mas seguros aquí —dijo—. Y más cómodos si nos sentamos, ¿no le parece?

Janet asintió. Gran parte de sus temores habíanse disipado a causa de la firmeza y serenidad que emanaban de la personalidad de Defac Teight. Era un hombre agradable y no daba la sensación de hallarse desplazado de su ambiente. Charlaba como lo hubiera podido hacer en un club de esparcimiento.

—«Youghs» no es la denominación que me he inventado yo —explicó—. Uno de esos pajarracos se exhibe en un museo egipcio. Hace nueve o diez años tuve la ocasión de verlo. Lo encontraron muerto en los terrenos pantanosos de Jartum. Fue considerado, y lo es todavía, como un ser rarísimo de una especie desconocida. Los naturalistas lo bautizaron con el nombre de «youghs» que significa en árabe «engendro de los pantanos». Desde luego nadie habría supuesto que procedía de otro mundo separado por millones de kilómetros. Y me temo que no seamos nosotros precisamente quien divulgue el descubrimiento. Pero aún no me ha dicho cómo escapó de ellos.

Janet refirió su odisea. Al término de su explicación las primeras claridades del amanecer comenzaron a rasgar el velo de oscuridad que inundaba aquella zona del asteroide.

—Tuvo usted suerte —dijo Defac—. A mí me hicieron pasar por el experimento.

El estupor se pintó en el semblante de la muchacha.

—Y... ¿vive todavía? —balbuceó.

Defac Teight sonrió jovialmente.

—¡Ya lo ve! Estoy vivo y con un hambre de mil diablos. Hace tres días que no pruebo bocado. Tres días terrestres, se entiende —agregó señalando su reloj—. Los de aquí duran cuatro horas y media aproximadamente. Ya tendrá ocasión de comprobarlo.

—¡Oiga, Teight! ¿Qué es eso? —Janet se había puesto en pie y señalaba el cielo con mano temblorosa— ¡ Platillos volantes...!

El geólogo levantó la vista y contempló el raudo pasar de una

enorme formación de astronaves.

—También se acostumbrará a verlos —replicó con acento que no delataba la menor emoción—. Van y vienen a todas horas. Unos con rumbo a la Tierra y los otros a Marte. Esos que ve ahora son de los últimos. Sus trayectorias no dejan lugar a dudas.

Teight bajó la cabeza y extrajo de su bolsillo una pitillera que abrió ofreciendola después a la muchacha.

Pero Janet seguía fascinada en la contemplación de los artefactos voladores.

—Sucede algo extraño, Teight —declaró—. ¿No se da cuenta? fíjese; parece que se pelean

Volvió a mirar Defac. Y esta vez su rostro se crispó en una mueca de perplejidad.

—Es cierto —murmuró tan abstraído que la pitillera se escurrió entre sus dedos cayendo al suelo—. Atacan a una astronave distinta. ¡Pero, cielos! ¿No son ésos los colores americanos? ¡Observe las barras y las estrellas...! ¡Es una nave terrestre!

— ¡Tiene razón, Teight! —corroboró Janet excitadisima—. ¡Distingo perfectamente la bandera yanqui! ¡Dios mío, es una sola contra todas! ¡Van a aniquilarla!

—No tan deprisa, Janet —el geólogo trepó por la hondonada a fin de presenciar mejor el espectáculo—. Pueden suceder muchas cosas todavía.

Lo que sucedió a continuación colmó el estupor de los dos jóvenes.

La formación de las astronaves tripuladas por los «youghs», en número aproximado de cincuenta, habíase dispersado en varias direcciones y sus unidades evolucionaban en torno de la solitaria nave terrestre en un alarde de giros y movimientos verdaderamente pasmosos. De sus torretas surgían casi incesantemente misteriosas ráfagas luminosas que iban a dar en la estructura del artefacto volador adversario. Y, circunstancia extraordinaria, dichas ráfagas parecían no producir el menor efecto.

—¡Ahora pasan por encima de nosotros! —exclamó Defac Teight — ¡ La astronave terrestre lleva un nombre escrito en el fuselaje! ¡No he podido leerlo!

—¡Ya vuelve! ¡El... el «Hidalgo»...! ¿Lo ha visto, Teight?

—Su vista es mejor que la mía. ¡Bravos muchachos! ¿Por qué no disparan de una vez? ¿Qué esperarán?

Como obedeciendo al influjo de sus preguntas, el «Hidalgo» dejó escapar una rociada de fuego que barrió materialmente a cinco astronaves enemigas. Estas se desintegraron en el espacio cual si se tratara de nubes de humo.

—¡Magnífico! —gritó Defac entusiasmado—. ¡Demostrarles de lo

que sois capaces de hacer! ¡Duro a ellos...!

El geólogo se interrumpió al notar en su brazo la presión de los dedos de Janet.

—No grite tanto —recomendó la joven sonriendo ligeramente—. Pueden descubrirnos.

—No me había emocionado así desde el campeonato mundial de «esquí-atom» —repuso Teight—. El «Hidalgo» les va a dar guerra. ¡Mire, ha fulminado ocho astronaves más!

La silenciosa batalla espacial revestía caracteres épicos. Resultaba sorprendente contemplar ¡a inmunidad de la nave terrestre al tiempo que su eficacia destructora. Evidentemente aquel despliegue de rayos luminosos era insuficiente o débil para dañar el poderoso fuselaje del «Hidalgo». En cambio, las descargas atómicas de éste reducían a polvo los objetivos alcanzados.

Como un diablo celeste, el «Hidalgo» esquivaba una y otra vez las embestidas del enjambre enemigo. En cuestión de pocos minutos la formación de astronaves quedó reducida a una ínfima parte.

Pero cuando la batalla parecía a punto de concluir, el espacio se tornó a llenar de nuevos artefactos voladores. Surgían de todas partes en número incalculable.

—¡Maldición! —exclamó Teight— ¡Esto no se va a acabar nunca!

—¿Cuántas municiones tendrá aún el «Hidalgo»? —inquirió Janet ansiosamente.

—¡Que me aspen si lo sé! ¡Ojalá llevara un polvorín!... ¡Ah, caramba! ¡Ya no atacan! ¿Qué diantre están haciendo ahora?

Naturalmente, Janet y el geólogo no podían saber que aquel fantástico trazado de estelas que las naves enemigas estaban realizando tenía por objeto la creación de un campo de atracción gravitatoria.

Y aún fue mayor su asombro al contemplar cómo el «Hidalgo» abandonaba su afán persecutorio para dirigirse incomprensiblemente hacia el resplandeciente círculo que flotaba en el espacio sobre sus cabezas. Un minuto más tarde, la astronave terrestre quedaba inmóvil, suspendida en el cielo como por arte de magia. Lo ocurrido tenía muchos puntos de semejanza con el dramático destino de una mosca que se posa inadvertidamente sobre la engañosa red de una tela de araña.

La decepción se pintó en los rostros de Janet y Defac Teight. Este se sentó al amparo de unos matorrales y recogió la pitillera.

Encendieron los cigarrillos en silencio. El enjambre de astronaves había desaparecido. Algunas tornaron a posarse en sus bases de partida, puntos ocultos tras una cadena montañosa; la mayor parte siguió el rumbo que Teight señalara anteriormente como conducente al planeta Marte.

En el cielo, ahora espléndidamente bañado por los efluvios solares, quedaba como único rastro del reciente combate la inmensa mole metálica del «Hidalgo». Su brillante estructura permanecía completamente fija a una altura de mil metros aproximadamente.

—La esperanza se ha desvanecido —declaró el joven geólogo—. No tenemos más remedio que considerar de nuevo el plan que esbocé hace algunas noches.

Janet le miró con una muda interrogación en sus ojos.

—Juntos nos será más fácil —prosiguió Defac—. Es cuestión de jugarse la vida a cara o cruz, pero bien mirado nuestras vidas no valen un níquel.

—-Estoy abatida completamente —-dijo la muchacha. No sé si valdría la pena luchar…

Una expresión de resolución se reflejó en las agradables facciones de Teight.

—No se deje dominar por los nervios —aconsejó—. Nuestro peligro no es mayor que el que se experimenta cuando uno está a punto de ahogarse en una playa. La muerte y la vida dependen únicamente de la mano de Dios. Es un destino inflexible del que nadie puede escapar

—No estamos en la Tierra, Teight —recordó Janet visiblemente afectada.

—¿Y qué? —el geólogo sonrió animoso— ¿Acaso Dios limita su protección a un pedazo minúsculo del Universo? No, Janet; permanezcamos fieles a nuestros principios y no desmayemos ante un tropiezo de mayor o menor importancia. Piense y dé como seguro que Ja semana que viene o quizá dentro de quince días asistirá a un estreno cinematográfico y después irá a bailar con su prometido. Hágase esa cuenta y verá como todo es más fácil.

Janet admiró la entereza de aquel hombre. Y se felicitó porque en medio de su desgracia, Dios le había proporcionado un sostén de incalculable valor.

Sus rojos labios sonrieron.

—Bill es lo mismo que usted —dijo—. Nunca espera que pueda suceder lo peor.

—Bill es un buen chico y apostaría a que en el momento menos pensado aparece preguntando; ¿No han visto por ahí a una chica guapísima que se llama Janet y se va a casar conmigo?

Janet no pudo contener la risa. Y aquella expansión de regocijo le sentó a las mil maravillas. Su tensión nerviosa se aflojó dando paso a una esperanzadora sensación.

—Oiga, Teight —dijo—. Usted lleva aquí más tiempo que ye. ¿Qué ha sacado en limpio de esos experimentos?

—He obtenido conclusiones muy interesantes —replicó el

geólogo—. Y estoy dispuesto a asegurar que no ando muy desencaminado. ¿Usted oyó hablar de las misteriosas desapariciones de algunos sabios terrestres?

Janet asintió y explicó a continuación el secuestro del profesor Aldo Basher del que fue testigo varias noches atrás. No olvidó tampoco referir el extraño caso de Galen Gart.

—Eso complementa perfectamente con mis deducciones —dijo Defac—. Desde luego, en otras circunstancias lo que le voy a decir resultaría inverosímil en extremo. Sin embargo, hay que rendirse ante la evidencia…

El geólogo hizo una pausa para encender un nuevo cigarrillo, el último de su pitillera.

—Continúe. Teight —apremió Janet con la impaciencia natural de la persona que se halla frente a una declaración sensacional.

—Comenzaré desde el principio, según he podido ir deduciendo. Este asteroide se encuentra amenazado por la autodestrucción. A lo largo de mi permanencia han tenido lugar varios movimientos sísmicos que me permiten asegurarlo. Quizá la catástrofe tarde en llegar un año como cinco o seis horas. De todos modos, la exigüidad del plazo hace que el peligro sea inminente, De lo cual se deduce que los «youghs», cerebros inteligentísimos y cuerpos de frágil vitalidad, se han visto obligados a emigrar a otro mundo. Después de echar un vistazo a las condiciones generales del sistema solar se encuentran en la doble alternativa de elegir la Tierra o Marte. Naturalmente se han decidido por Marte, planeta deshabitado en cuyas extensiones se les ofrecen perspectivas incalculables de progreso. Pero necesariamente tropiezan con la dificultad de aclimatamiento. Aquí no hay atmósfera y en Marte sí…

—Un momento, Teight —interrumpió Janet—. Si nosotros podemos respirar es que hay atmósfera.

El geólogo sonrió.

—No me dejó acabar -—dijo reconviniéndola amablemente—. La tenue capa de atmósfera que estamos respirando es generada artificialmente y corresponde a la fase experimental del proceso de aclimatación.

Tenga en cuenta que la amenaza de extinción de este planetoide debe provenir de mucho tiempo atrás; centenares de años tal vez. Durante este lapso de tiempo, generaciones enteras de «youghs» han ido evolucionando y metamorfoseándose con vistas a la emigración a Marte. Usted sabe muy bien que el origen de las especies terrestres es debido a variaciones casuales que parecían producirse según las diversas condiciones de habitabilidad del planeta. Aquí las mutaciones y cambios de estructura de los organismos obedecen a planes preconcebidos y se confeccionan con arreglo a fórmulas hereditarias.

Antes, los «youghs» no respiraban oxígeno y nitrógeno porque no los había; ahora su aparato respiratorio se halla preparado para la absorción de la atmósfera marciana muy semejante a la terrestre. El primer paso para la emigración estaba dado. Un paso lento y de costosa realización. Pero he aquí que la inminencia del peligro de destrucción se acentúa. Los habitantes del planetoide saben que no pueden esperar todo el tiempo necesario para las transformaciones completas de sus organismos. ¿Y qué hacen? Es muy sencillo: recurren al injerto. La tarea de siglos es realizada en días. No tienen más que reemplazar los órganos y vísceras adecuados. De un modo u otro han logrado llevar a la práctica los métodos que en la Tierra se hallan en período puramente experimental. Así, pues, un «youghs» perfeccionado biológicamente podrá subsistir en Marte y no digamos » de su descendencia.

—Hay muchas cosas que no comprendo todavía —dijo Janet fascinada por el increíble relato del geólogo.

—Ya lo supongo —replicó Teight—. Se refiere usted al experimento que contempló anoche. A mi también me costó trabajo sacar consecuencias de ello pero a! fin conseguí descifrar el enigma. O al menos intuirlo. El adelantado progreso de los «youghs» les permitió intentar llevar a cabo la obtención artificial de cuerpos humanos para luego aprovechar sus organismos y no tener que recurrir al asesinato, circunstancia que, de ser cierta, les honra por lo humanitaria. Pero no tardaron en darse cuenta de que si bien los androides eran en todo punto semejantes a nosotros, no sucedía lo mismo con sus mentes. Es de imaginar que este fracaso les anonadaría. No tuvieron más remedio, entonces, que operar sobre los originales y enviar a la Tierra los androides. Usted se preguntará, ¿y por qué razón ese regalo? La deducción más lógica es la que al no enterarse los hombres de tales sustituciones tampoco podría sospecharse que otro planeta secuestraba los científicos más reputados. Observarán, eso sí, una ola de locura colectiva. Individuos que un día eran sabios y al otro sus cerebros correspondían a los de criaturas infantiles. Pero mientras el misterio se descubría, los «youghs» se habrían salvado.

Janet se removió inquieta. Nuevamente sentía renacer en su espíritu la aprensión y el desasosiego. El relato de Defac Teight, con estar basado en simples suposiciones, era de una lógica aplastante.

—El único consuelo es que en la Tierra ya están sobre la pista de lo que sucede —dijo hablando como consigo misma—. Tarde o temprano vendrá la aniquilación. Lo que no me explico es porqué los «youghs» se han detenido a escoger hombres de ciencia exclusivamente.

—Aprovechan vísceras, órganos rudimentarios… y cerebros. Es lógico que prefieran mentes privilegiadas cuando les cuesta el mismo

trabajo atraer a unos que a otros.

—¿Atraer? —Janet enarcó las cejas intrigada.

—¿Ya no se acuerda? ¿Cómo la capturaron a usted?

La muchacha asintió.

—Recibí un mensaje telepático —dijo—. ¿Usted también?

—Supongo que a todos nos ocurrirá lo mismo. Yo me encontraba cenando. Le dije a mi esposa: «Perdona un momento, olvidé la americana en la terraza». Y aún me está esperando.

—Aludió antes a que usted había pasado por el experimento. ¿Cómo logró escapar?

—Por una circunstancia inexplicable recuperé el conocimiento antes de que comenzara todo. Sin embargo, fingí hallarme desvanecido. No quiera usted figurarse las torturas que experimenté. El contacto de aquellos seres asquerosos, las corrientes eléctricas y lo que es más horripilante: ver surgir de la nada a un individuo exactamente igual que yo. Con franqueza he de confesarle que nunca creí a mis fuerzas capaces de resistir un trance semejante. Se me pone la carne de gallina sólo al pensarlo. Después de aquello me llevaron a una camilla dejándome solo. Entonces hice lo mismo que usted. Huí como alma que lleva el diablo.

—Conmigo también les falló el narcótico —dijo Janet.

—En su calidad de doctora en medicina se habrá formulado alguna hipótesis sobre la realización del experimento ¿no es cierto?

Janet sonrió débilmente.

—Estaba tan asombrada que apenas pude darme cuenta. Sin embargo, la única hipótesis aceptable es que la máquina de los «youghs» crea un molde de energía que se hiela y transmuta en materia. Al pasar dicha energía a través de un cuerpo humano reproduce un facsímil idéntico. Usted no debe ignorar que en la Tierra, mejor dicho, en los laboratorios terrestres se ha conseguido transmutar un metal en otro. La obtención del oro artificial ya no es un imposible aunque lo elevado de su coste anula las posibilidades de cualquier aplicación.

—Comprendo —dijo Teight—. La materia es la misma en todos los casos, sólo varía la distribución electrónica de los átomos. Un principio archisabido.

El sol se hallaba en el cénit, justamente encima de el «Hidalgo». La astronave terrestre continuaba inmóvil en el espacio, aprisionada por el campo gravitatorio que ahora aparecía casi invisible al ser eclipsado por los efluvios del astro rey.

—Dentro de dos horas y media será de noche nuevamente —anunció el geólogo consultando su cronógrafo de pulsera—. Entonces será la ocasión de...

Teight se interrumpió bruscamente. Su rostro se contrajo en una

mueca indescifrable.

—¿Qué ocurre? —inquirió Janet sobresaltada.

—¿No lo ha notado? Aguarde un poco… ¡Ahora vuelve a sentirse otra vez!

Janet asintió.

—Un movimiento sísmico —dijo—. Parece intenso.

—¡Eso no es nada! La duración de los intervalos corresponde a una sacudida de primer grado. ¡Sujétese bien a donde pueda…! ¡No tardará ni treinta segundos en…!

Las palabras del geólogo fueron ahogadas por un horrísono estruendo seguido de una creciente vibración subterránea. Allá a lo lejos, la cadena montañosa que limitaba el horizonte pareció disolverse en el aire.

Janet se agarró a Defac y éste a su vez asióse fuertemente al tronco de un árbol para evitar que las sacudidas les impulsaran de un lado a otro.

El fenómeno sísmico alcanzó una intensidad aterradora. Fragmentos rocosos veíanse volar por doquier, el suelo se agrietaba y el sol cambió súbitamente de lugar.

Luego sucedió la calma. Una calma tenebrosa, sumida en la penumbra de un anochecer prematuro.

Janet abrió los ojos y miró a su alrededor.

—¡Ya pasó todo! —exclamó con acento aliviado— ¡Creí que esto sería el final!

—Poco faltó —contestó Teight secándose el sudor de la frente—. Hemos sido testigos de un ultimátum de la naturaleza. Observe la posición declinante del sol. Este cataclismo ha desplazado el eje de rotación del planetoide. Eso significa que se han creado tensiones suficientes para despedazarlo en el momento menos pensado. Quizá sea cuestión de horas.

—Estamos perdidos, entonces —dijo Janet angustiada.

—Le diré en dos palabras cuál es mi plan —decretó Teight con acento apremiante—. Será todo lo fantástico que usted quiera pero no existe otra alternativa. Robaremos una astronave y obligaremos a sus tripulantes a conducirnos a la Tierra.

—¡Pero eso és absurdo! —exclamó la muchacha temiendo que su compañero se hubiese vuelto loco.

—¡No hay tiempo para discutir! ¡Venga conmigo! ¡Encontraremos un cohetódromo!

La noche se cerró rápidamente sobre la deambulante pareja. De tarde en tarde, nuevas vibraciones sacudían débilmente la corteza del planetoide cual un augurio del apocalipsis que se avecinaba.

Janet y Defac detuviéronse de improviso cegados por un haz de resplandores que brotaron del suelo a corta distancia de Ellos.

Simultáneamente el cielo apareció moteado de puntos blancos que se dispersaron en varias direcciones.

—¡Ya hemos llegado! —dijo Defac jadeante por la vertiginosa carrera emprendida una hora antes—. ¡Dispongámonos a actuar! ¡El cohetódromo está ahí delante!

Janet fue a replicar pero la visión que se ofreció ante sus ojos paralizó sus sentidos. El terror la hizo aferrarse desesperadamente a Defac Teight.

Porque delante mismo de ellos acababa de surgir una informe oleada de «voughs». Con los plumosos cuerpos tensos por la sorpresa, las garras contráctiles extendidas y prestas para atacar, las miradas centelleantes y emitiendo el horripilante gorjeo que les caracterizaba, aquellos monstruos constituían un cuadro de pesadilla.

—¡Valor, Janet! —alentó Defac roncamente—. ¡Venderemos cara nuestra vida!

La joven no le oyó. Todas sus fuerzas, todos los resortes de su voluntad cesaron de existir. Y un grito desgarrador de angustia y espanto brotó de su garganta.

CAPÍTULO VI
¡ENCUENTRO!

John Barton, el radiooperador del «Hidalgo, sor- & teó con vaporosa agilidad una serie de elevados peñascos y fue a caer planeando junto al grupo integrado por Bill Lorenz, George Van Nees y Gordon McLean.

—¡Fantástico, muchachos! —exclamó. Su voz, emitida a través del micrófono conectado con la caperuza transparente de la escafandra, sonó con acento regocijado— ¿Visteis cómo volaba?

—Parecías un moscardón —replicó Van Nees—. Date otra vuelta por ahí y nos harás reír hasta desternillarnos.

—No me irás a decir que vosotros andáis con más gracia —dijo Barton con cómica indignación—. Apostaría a que ni siquiera sabéis aterrizar.

—Dejemos las bromas para más tarde —intervino Bill apaciguador—. El caso es que hemos podido reunimos y que Tom Merrick se libró de las naves adversarias. Ahora vamos con lo nuestro.

—¿Y qué es lo nuestro? —inquirió Gordon McLean con tono sardónico. Sus facciones sonreían en el interior de la capucha de plástico.

Bill no encontró la respuesta adecuada. Durante el viaje había trazado numerosos planes y todos ellos parecían satisfactorios. En primer lugar estaba la cuestión de Janet Preston. Tenía que hallarla por encima de todo. Y de la rapidez en actuar dependía su destino. Un escalofrío recorrió su médula al imaginar que quizá en aquellos momentos su prometida estuviese atravesando por el mismo trance que Galen Gart y tantos otros.

La desolada aridez del paisaje, el espectral silencio, la frialdad de la noche y mil factores más contribuían a que Bill Lorenz sintiese derrumbar su fortaleza moral y considerase los anteriores proyectos como meras ilusiones irrealizables. Eran cuatro hombres en un mundo desconocido y tenebroso lleno de mortíferas asechanzas.

Volvióse a escuchar la voz de Gordon McLean.

—¿Qué hacemos, Bill?

El interpelado salió de su abstracción

—Buscar —replicó concisamente.

—¿Buscar el qué? —insistió McLean.

—A Janet Preston —el nombre salió instintivamente de los labios de Bill. Al instante se arrepintió de su impulsividad temeroso de que

los demás juzgaran egoísta la decisión anunciada.

Sin embargo, nadie pareció sorprenderse.

—Vamos allá —dijo Barton recobrada su seriedad. ¿Por dónde empezamos?

Bill fue a responder señalando con un gesto vago la desértica planicie que se desarrollaba ante ellos pero su cuerpo quedó rígido y las facciones se le desencajaron por el estupor. En el transcurso de una fracción de segundo el paisaje cambió totalmente. El suelo crepitó bajo las plantas de los terrestres, se abrieron grietas y fosos interminables, trozos de roca rasgaron el cielo con escalofriantes silbidos y un fragor atronador puso el contrapunto en aquella dantesca escena

Pero el fenómeno más curioso fue la súbita aparición del sol en lo alto del firmamento. En un abrir y cerrar de ojos la noche se convirtió en día.

Barton fue el primero en apercibirse de que el «Hidalgo» se hallaba suspendido sobre sus cabezas. Enarbolando su brazo con loco frenesí señaló la brillante estructura de la astronave.

—¡Hurra...! —gritó con toda su alma— ¡No la han destruido...!

No bien hubo acabado de decirlo cuando un peñasco de enorme tamaño, errante residuo del cataclismo anterior, cayó sobre su cabeza sin que pudiera hacer nada por evitarle.

Debido a la escasa gravedad, el golpe no fue demasiado intenso pero bastó para desencajar del sitio la capucha de su escafandra. El rostro del radiooperador quedó a la intemperie con la natural consternación por parte de sus compañeros.

Pero contra lo que pudiera creerse, Barton no se colocó nuevamente la máscara de oxígeno. En medio del mayor asombro se limitó a respirar profundamente.

—¿Quién dijo que no había atmósfera en Eros? —preguntó burlonamente.

—¡Pero. Barton, vas a asfixiarte! —exclamó Bill.

—Tonterías. Lo supe nada más poner los pies aquí.

¿Desde cuándo en un lugar sin atmósfera se oyen los ruidos? ¿Acaso no llegó a vuestros oídos el fragor del terremoto?

—¡Barton tiene razón! —dijo McLean— ¡No son necesarias las caretas!

Durante largo rato el grupo terrestre, recién congregado después del fantástico salto desde el «Hidalgo», cambió impresiones, exploró cautelosamente los alrededores y esbozó el plan a seguir. Las preguntas y respuestas sucedíanse con vertiginosa rapidez. Cada uno asaeteaba a sus compañeros en demanda de las correspondientes explicaciones técnicas sobre los inesperados acontecimientos acaecidos.

Luego, en medio de un silencio sepulcral, Bill Lorenz hizo uso de su transmisor portátil para ponerse en comunicación eon Tom Merrick.

La alborozada voz del piloto del «Hidalgo» se dejó oír con perfecta claridad.

—¿Qué tal por ahí, Bill? —pregunto a guisa de saludo— Han ocurrido muchas cosas raras, ¿no es cierto? Por un momento creí que iba a estallar el asteroide. Escapasteis de buena.

—Escucha, Torn, ¿cómo te libraste de ellos?

—Perdido por perdido, obré de acuerdo con mis primeros deseos. Disparé una andanada de balas de fisión contra la astronave nodriza. Saltó en mil pedazos. Después ya lo visteis. Uno a uno me fui cargando a todos los atacantes hasta que, convencidos de su fracaso, crearon nuevamente un campo de fuerza. Y aquí estoy, metido en la ratonera.

—¿Recuperó el conocimiento Grunter?

Merrick tardó unos instantes en contestar.

—Si, Bill —dijo pesaroso—. Tuvimos una pelea de mil diablos. Tuve… tuve que matarle.

—¿Cómo has dicho? ¡Grunter muerto! —Bill no daba crédito a lo oído.

—No estaba tan loco como suponíamos —explicó Merrick. Sé que no te lo vas a creer. Boíl, pero ese hombre ya estuvo en Eres y consiguió escapar robando una astronave. Hace poco más de un mes rae secuestrado igual que los otros. Me lo refirió detalladamente antes de morir. Se mostró bastante arrepentido e incluso me pidió perdón.

—¿Por qué fue la pelea, Torn?

—Se empeñó en que no disparase. Dijo que eran sus amigos y que no lo consentiría. Yo no le hice caso y entonces se abalanzó sobre mi. Perdimos la cabeza. Bill, tío sabes cuánto lo siento.

—Bueno, Merrick —concluyó Lorenz—. Tenemos que dejarte. No te preocupes demasiado por tu suerte. Procuraremos arreglarlo pronto.

El piloto se despidió con un monosílabo y cortó la conexión.

Durante hora y media, Bill y sus compañeros exploraron sin descanso la superficie del planetoide, descubriendo por doquier los asoladores efectos del reciente cataclismo. Lo que más les intrigó fue la carencia absoluta de agua, circunstancia que bastó para producirles una sed insaciable.

La primera parte del recorrido culminó en la cima de una elevada montaña.

Dada la pronunciada curvatura del planetoide y el veloz desplazamiento de los terrestres, la noche cayó sobre ellos con fulminante rapidez.

Bill escaló el último trecho de la montaña y se asomó al abismo

recayente a la otra parte. Lo que vio le colmó de excitación. Sus ansias de luchar se renovaron y la esperanza volvió a su espíritu.

Su mirada contempló gozosa el lujuriante verdor de la vegetación. Extensiones interminables de bosques, riachuelos cuyas aguas centelleaban bajo los pálidos efluvios de los astros, y lo más asombroso aún: ¡ciudades vivamente iluminadas!

Bill llamó a sus compañeros. El júbilo se contagió a todos y como por ensalmo, la sed que sentían desapareció.

—Es curiosa la forma de las construcciones —dijo Van Nees—. Parecen inmensas tiendas de campaña. Y todas son rojas...

— ¡Venid aquí! —demandó John Barton desde otro punto de la vertiente—. ¡Esto sí que es interesante!

Acudieron prestos junto a Barton y pudieron ver una inmensa extensión grisácea repleta de artefactos voladores distribuidos en interminables hileras. La fuerte iluminación permitía distinguir la compacta masa de monstruosos seres hormigueando alrededor de las astronaves.

—¡Miles de naves! —exclamó Bill atónito— ¡Jamás vi un espectáculo igual!

—¡Están preparando la huida! —gritó McLean— ¡Saben que el planeta va a estallar!

La afirmación del astrofísico hizo que el recuerdo de Janet Preston se reavivara en la mente de Bill.

—¡Vamos allá! —ordenó el capitán de la expedición— ¡Preparad las pistolas ultrasónicas! ¿No os importa dar otro salto, verdad?

—¡De ningún modo, Bill! —replicó Van Nees frenéticamente— ¡Esos tipos van a la Tierra y debemos impedirlo!

Bill Lorenz se lanzó al abismo seguido de los suyos. La lentitud, de la caída pareció hacerla inacabable. Por fin pusieron sus pies en el suelo firme y en cuestión de segundos reagrupáronse nuevamente.

Pistola en mano, los cuatro hombres avanzaron por entre la espesura de un bosque en dirección a la planicie que observaran anteriormente.

De pronto Bill, que iba en cabeza se detuvo intrigado.

—¿No oís? —preguntó en voz baja a sus amigos.

—Un salto de agua —dijo McLean

—Adelántate, Van Nees —ordenó Bill al sargento técnico— ¿Sabes distinguir un generador eléctrico de otra clase de maquinaria?

Van Nees no replicó. Tras unos minutos de ausencia volvió excitadisimo.

—¡Es un generador, electivamente! —informó jadeante— ¡Pero no eléctrico! Pude verlo perfectamente... ¡Es un generador de atmósfera artificial! ¡Juraría que es el que abastece el planeta!

—Lo imaginaba —dijo Bill con expresión pensativa—. Noté hace

un rato que el aire era más puro.

—Tu tienes alguna idea en la cabeza, Bill —intervino John Barton.

El joven sonrió enigmáticamente.

—Quizá…

La palabra de Bill se confundió con un desgarrador grito de mujer. Sonó muy cerca, a la izquierda del grupo y un poco más adelantado.

Sin mediar previo acuerdo, los cuatro hombres echaron a correr en la dirección imaginada.

Naturalmente, Bill llegó primero. El corazón le dió un vuelco al presenciar la horripilante escena.

Las encogidas siluetas de Janet y su compañero se recortaban claramente en la penumbra nocturna. Y dispuestos a caer sobre ellos veíase una avalancha de negros monstruos.

Bill apretó el gatillo de su arma en posición de ráfaga. Un invisible y silencioso haz de ultrasonidos barrió la primera fila de «youghs» aniquilándolos. La terrible energía desprendida de un ciclo de veinte mil compresiones y descompresiones por segundo se expandió despiadadamente en un área de veinticinco metros.

Barton, McLean y Van Nees imitaron a Bill. Todos los atacantes, cogidos por sorpresa, cayeron fulminados.

Janet Preston giró la cabeza y entonces fue cuando vió a su prometido. Una expresión indescriptible se reflejó en sus desencajadas facciones.

—¡Bill…! ¡Si no lo puedo creer…!

Una serie de sollozos entrecortados ahogó las exclamaciones de la emocionada muchacha.

Bill la cogió entre sus brazos y besó su boca ardientemente. Por sus mejillas sintió el tibio deslizar de las lágrimas de Janet.

—¡Querida!¡Cuánto habrás sufrido, amor mío!

La húmeda mirada de la joven se posó amorosa en Bill.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —murmuró.

—Ya se lo dije, Janet —recordó Defac Teigh interviniendo en la apasionada escena—. Bill es un buen chico y nunca falta a las citas.

Lorenz reparó en el compañero de su prometida. En un impulsivo ademán estrechó su diestra

Se sucedieron las presentaciones y la alegría más desbordante invadió a todos.

—Jamás llegué tan a tiempo a ningún sitio —declaró Bill cogiendo del brazo a Janet e invitándola a andar hacia la espesura, lejos de donde se desaarrollara el dramático encuentro.

—Supongo que podremos descansar un buen rato —dijo Barton que en unión de lo demás, caminaba un tanto rezagado a fin de no

molestar la intimidad de la pareja.

—No sin antes haber elegido un lugar adecuado para acampar —replicó Lorenz volviéndose hacia sus compañeros—. Debemos asegurarnos de que esos monstruos no están sobre nuestra pista. Tener en cuenta que habrán dado la alarma general.

Una hora más tarde, los seis terrestres se detenían al amparo de una enorme grieta del suelo abierta en la abrupta escarpadura de un desfiladero.

—¡Esto ya es otra cosa! —comentó McLean sentándose cómodamente—. Solo nos falta un vivac para ser felices por completo.

—Un vivac y un cordero asado —completó Defac Teight—. Dirán que soy en exceso materialista pero la realidad es que llevo un sinfín de horas sin probar bocado. ¿Cuánto tiempo resiste un hombre sin comer, señorita Preston?

Janet sonrió.

—Depende de la naturaleza del individuo —contestó—. Usted es lo suficiente fuerte para resistir veinticinco días.

—¡Dios mío!… —gimió Teight— ¡Veinticinco días sin comer!…

La brevedad de la noche se hizo patente una vez más al iniciarse inesperadamente las claridades del amanecer.

Janet y Defac refirieron nuevamente sus respectivas odiseas. Luego les tocó el turno a Bill y los suyos Y finalmente se trazó la norma de conducta para el próximo futuro. Un futuro que no por la jovialidad reinante iba a revestir menor dramatismo que los trances anteriores. La mortal amenaza que sobre la Tierra se cernía se agravaba a cada instante que transcurría. Y ésto no era todo. No muy lejos de ellos, en cualquier rincón del planetoide, un considerable número de seres humanos estaría probablemente sufriendo las torturas del más horrendo experimento que conociera la historia del Universo.

La verdadera misión que llevara a Bill Lorenz al planetoide Eros no había comenzado aún. Esta era la desoladora realidad

CAPÍTULO VII
EL PRINCIPIO DEL FIN

Si los «youghs» no utilizan trajes especiales en sus desplazamientos interplanetarios es porque las astronaves están dotadas de cabinas climatizadas, es decir de aire comprimido, y en tal caso nosotros podemos aprovecharlas también —Bill Lorenz se puso en pie y arrojó al suelo su cigarrillo a medio consumir—. ¡ Adelante, pues!

—¿No resultará demasiado difícil la empresa? —preguntó Janet con inquietud.

—Coincido con Defac Teight —repuso Bill sonriendo—. Difícil o no, es la única alternativa...

El suelo tembló violentamente por espacio de un minuto. Luego sobrevino una Calma sobrecogedora, silenciosa, preñada de fatales augurios.

Defac Teight, muy pálido y con las facciones contraídas por el temor, confirmó lo que todos temían.

—¡El fin se aproxima! —su voz fue apenas un susurro— ¡El epicentro de esta sacudida está situado en un punto del eje de rotación! ¡Dios se apiade de nosotros!...

Una terrorífica serie de estallidos puso en conmoción todos los ámbitos del planetoide. Fue como un trueno prolongado hasta el infinito y de resonancias ensordecedoras. El suelo pareció iniciar una diabólica danza lanzando al espacio el contenido de sus entrañas. Árboles, gigantescas moles graníticas, fragmentos de edificaciones y enormes nubes de polvo y materias residuales ocultaron el resplandor solar.

Pero esto sólo fue el principio del fin, apenas la leve insinuación de lo que iba a suceder un instante después.

El horrísono fragor culminó con una apocalíptica explosión a cuyo lado resultó insignificante todo lo sucedido anteriormente.

Después sobrevino el silencio y la quietud. Las miradas de los seis terrestres convergieron atónitas en el horizonte. Negábanse Bill y sus compañeros a dar crédito a tai visión. Era un espectáculo tan fuera de la realidad que más se asemejaba al engendro de una mente alucinada.

—¡Se ha partido en dos mitades el planetoide! —exclamó McLean con un hue de voz.

Bill Lorenz rodeó con un trazo el talle de su prometida.

—¡Ánimo, Janet! —la alentó—¡No desmayes aún!

Janet cerró los ojos para no contemplar el fantástico alejamiento de aquel fragmento astral que muy lentamente ascendía sobre sus cabezas y que pronto se perdería en la inmensidad del espacio sideral.

—¡Bonito regalo van a recibir en Marte! —comentó McLean recobrado en parte de su excitación— ¡Apostaría a que no les hace ni pizca de gracia!

Bill efectuó un rápido cálculo mental.

—El trozo desprendido de Eros afecta a una tercera parte de su gravedad —dijo—. Posiblemente la desviación de su órbita en derredor del Sol será mínima. Eso significa que estamos igual que antes, lo cual no es poco.

—Por esa parte podemos estar tranquilos —aseveró Teight—. Pero el desplazamiento total no se hará esperar. No perdamos un minuto, Bill.

El capitán de la expedición le miró irónicamente.

—¿Cree usted que todo estará igual que antes? —su pregunta entrañaba un matiz de pesimismo que no engañó a nadie.

—Puede que ya no existan las ciudades —sugirió Van Nees— ¿No es eso lo que quieres decir?

—Las ciudades y los cohetódromos…

—¡Los cohetódromos sí! —exclamó John Barton— ¡Mirad cómo despegan las naves!

En efecto, una formación compuesta de ocho astronaves surcaba raudamente el espacio. La presencia de las mismas hizo renacer las esperanzas de los terrestres.

* * *

—Ruinas y destrucción por todas partes —comentó Bill Lorenz—. ¿Es aquí donde permanecisteis prisioneros?

Janet y Defac Teight asintieron. En aquellos momentos, el grupo atravesaba la desolada ciudad de los «youghs». El aspecto que ofrecía la misma era sobrecogedor. Los escombros amontonábanse por doquier confundidos con ingentes cantidades de maquinarias y mecanismos destrozados. La nota macabra de esta mezcolanza la constituía los mutilados restos de cadáveres humanos que yacían esparcidos sin orden ni concierto. Un espantoso olor de putrefacción saturaba el ambiente haciéndolo casi irrespirable.

—Los «youghs» han huido —dijo Teight—. Debimos ir primeramente a los cohetódromos.

Necesitaba percatarme de que no había nadie vivo —contestó Bill —. Ningún ser humano, me refiero.

—¡Cuidado, Bill!

El joven se giró rápidamente al escuchar la exclamación de Barton. Y lo que vió le hizo sentir un escalofrío.

De entre un montón de escombros había surgido la monstruosa figura de un «youghs». Y se dirigía hacia él tambaleante y cubierto de sangre su negro plumaje. Una expresión semihumana brillaba en sus diminutas pupilas.

Bill, desenfundó la pistola ultrasónica y apuntó a la horripilante visión.

El «youghs» extendió las garras superiores y un sonido entrecortado trotó de su extraña boca.

Fue la mayor sorpresa que Bill se llevó en su vida.

Boquiabierto, con los ojos a punto de desorbitárseles y la sangre helada en sus venas, se volvió a sus compañeros. Las expresiones de todos los rostros eran idénticas.

—¡Bill... Bill Lorenz!...

No cabía la menor duda. El «youghs» hablaba. Y lo más incomprensible es que había reconocido a Bill. El injerto de un cerebro humano era la única explicación.

—Soy Freddie Lang... —el gorjeo del monstruo era perfectamente inteligible.

—¡Freddie! —Bill sintió erizársele el cabello— ¡Dios mío!...

—Dispara, Bill —tornó a hablar el «youghs»— ¡Ahórrame el sufrimiento!

Un caleidoscópico torbellino de ideas cruzó por la mente del joven. No podía matar a su mejor amigo, al primer hombre que puso sus pies en Marte. Aquello era algo en lo que no podía ni pensar; algo que escapaba a los límites de la comprensión y el raciocinio. Pero igualmente cruel era dejarle vivir. Freddie Lang era ahora un ser contrahecho, en pugna con las leyes de la naturaleza.

Janet le dió la solución.

—¡Los rayos paralizantes! —exclamó en voz baja a sus espaldas.

Disimuladamente, Bill Lorenz oprimió uno de los disparadores de su pistola.

El monstruo se desplomó sin conocimiento. Janet se adelantó hasta alcanzar a Bill.

—Era lo mejor que se podía hacer —dijo—. Déjame ahora explorar su subconsciente. Este desgraciado nos dará la clave de muchas cosas.

El grupo terrestre se congregó apretadamente en derredor del inerte «youghs». La escena revistió una emoción sin límites. Todas las miradas estaban pendientes de Janet y sus movimientos.

Durante unos segundos la muchacha efectuó una especie de masaje en la estrecha y abombada frente del «youghs».

—Es costoso encontrar la situación de los centros nerviosos —declaró en un paréntesis de su tarea. Por su expresión se adivinaba ia profunda repulsión que le dominaba.

Por fin, el monstruoso ser acusó con un ligero estremecimiento la presión de los dedos de Janet. Sus ojos permanecieron, sin embargo, cerrados.

—Ya está —Janet se hizo a un lado. Pregúntale, Bill. No levantes demasiado la voz. Su sensibilidad se halla adormecida en un grado mínimo.

Bill Lorenz tragó saliva. Con un gesto maquinal se limpió el sudor de la frente.

—Freddie Lang —murmuró quedamente—. ¿Puedes oírme?

Un «sí» casi imperceptible se escapó de ia boca del «youghs».

—Somos tus amigos y vas a contestar a unas preguntas. ¿Entiendes?

Nueva afirmación del «youghs»…

Con voz ronca por la emoción, Bill Lorenz fue hilvanando el hilo del interrogatorio. En sucesivas respuestas fueron apareciendo los pensamientos de Freddie Lang. Sus últimas frases constituyeron la revelación inesperada.

—El éxodo a Marte comenzará esta noche... Partirán seis mil astronaves... Tienen que impedirlo... Destruirán... será destruida.

—¡Sigue, Freddie! —instó Bill ansiosamente— Destruirán ¿el qué?

—La Tierra... Saben que... amenazan... no... no puedo...

La divagación de Lang se convirtió en un balbuceo incoherente.

—Es inútil, Bill —declaró Janet—. No conseguirás nada. Tiene la mente amordazada. El subconsciente ha llegado al máximo de excitación.

Bill se incorporó.

—Ahora viene lo peor —dijo con suavidad—. ¿Qué hacemos de él?

La terrible interrogante encogió el ánimo de todos.

—La muerte es lo más piadoso declaró George Van Nees—. Ni siquiera se dará cuenta.

Bill negó con un movimiento de cabeza.

—Es mi mejor amigo, Van Nees. Trabajamos juntos mucho tiempo. No tendría valor para hacerlo.

—No es necesario, Bill —un acento raro matizó las palabras de Barton—. Creo que nos ha ahorrado la solución del problema.

Janet comprendió instantáneamente. Arrodillándose llevó a cabo un breve reconocimiento en el cuerpo del «youghs».

En sus pálidas facciones se reflejó una expresión de alivio.

—Ha muerto —confirmó emocionada—. Que su paz sea eterna...

Al instante se desató nuevamente la tensión nerviosa.

—Destruirán la Tierra, Bill. ¿Qué habrá querido decir con eso?

El joven escrutó fijamente a Barton antes de responder.

—Es lo más lógico —dijo—. Los «youghs» saben positivamente que la navegación interplanetaria ya no es un secreto para los terrestres. Y por tanto, la supervivencia de ellos en el planeta Marte es harto problemática. Albergan la fundamentada sospecha de que tarde o temprano llegará la total exterminación. Una bien planeada anticipación les proporcionaría la inmunidad.

—¡El éxodo comenzará esta noche! —recordó McLean— ¡Lo dijo bien claro!

—Son las astronaves que vimos antes— intervino Defac Teigh—. Si nos damos prisa...

—¡Tonterías! —exclamó Barton—. Intentar detenerlos es como querer aplacar un temporal del Pacífico con una sonrisa.

—Existe una solución. No hago más que pensar en ella desde hace largo rato. Pero exige el sacrificio de dos de nosotros.

—No te preocupes, Bill. Por mí no hay problema. Nadie me espera en la Tierra.

Bill miró admirativamente a John Barton. A decir verdad, de quien menos esperaba el ofrecimiento era del joven radiooperador. Si bien su valía profesional estaba fuera de toda duda, nunca hasta entonces demostró ser poseedor de tal entereza física.

—No, Barton —contestó—. Lo echaremos a suertes. Me habéis elegido capitán de la expedición y acataréis mis órdenes. So pena de no decir la solución y en este caso nos quedaremos todos.

—De acuerdo —accedió Van Nees—. Sólo pongo una condición. La señorita Preston quedará excluida del sorteo.

Janet fue a iniciar una protesta pero Bill se anticipó.

—Freddie Lang dijo que la emigración a Marte empezaba esta noche. Y sabemos donde se hallan las pistas de despegue de las seis mil astronaves. La forma de evitar la fuga de los «youghs» no tiene nada de complicada. Simplemente hay que destruir el generador de atmósfera artificial. Privados de la respiración, los «youghs» morirán indefectiblemente.

— ¡Y nuestra misión habrá resultado un éxito! —exclamó McLean entusiasmado— ¿Qué tiempo crees que pueden emplear las seis mil astronaves para despegar?

Bill se encogió de hombros.

—No tengo idea —repuso—. Pero imagino que necesitarán más que nosotros para inutilizar el generador.

La vibración del suelo volvió a hacerse sentir. Ahora fue una leve insinuación; un crepitar apagado y silencioso.

—Otra vez —dijo Defac Teight presa de la inquietud—. Démonos prisa, Bill.

—Dijiste de sacrificarnos dos —intervino Van Nees—. Te referiste a las máscaras de oxígeno, ¿no es cierto?

Bill asintió. Instintivamente su mirada se posó en los trajes espaciales de Van Nees y Barton. Él llevaba otro e igualmente la capucha plástica pendía a su espalda sujeta a los tirantes del cuello.

Inclinándose, tomó del suelo cinco guijarros que entregó a Janet.

—Tú serás la mano inocente —dijo adoptando un tono humorístico que por la gravedad de la situación acentuó aún más la dramática tensión.

John Barton le miró Imperturbable.

—Lo siento, muchachos —dijo con extraño acento. Yo no entro en el sorteo. Voy a quedarme en Eros. No pongas esa cara, Bill. Lamento defraudarte si piensas que mi caballerosidad llega hasta el punto de inducirme al suicidio. Mis conocimientos químicos me hacen entender que la atmósfera tardará en desaparecer más tiempo del que imagináis. Quizá tarde horas o semanas, tal vez. Y mientras tanto, la Tierra enviará a por nosotros.

Bill enarcó las cejas.

—¿Te niegas a obedecerme? —inquirió con tono autoritario.

El radio sonrió con desfachatez y comenzó a desvestirse el traje espacial.

—Sí —contestó—. Me amotino contra ti. Creo desacertada tu solución y prefiero atenerme a mi propia iniciativa. Simple cuestión de criterios, Bill.

Inesperadamente, Defac Teight cruzó por enmedio del grupo y se puso junto a Barton.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo—. Yo ni siquiera creo que exista el generador de atmósfera.

—¡Usted está loco, Teight! —exclamó Bill colérico— ¡Tan loco o más que Barton!...

—No sigas —atajó el radiooperador. Su traje y su escafandra cayeron a los pies de Bill—. Locos o no haremos nuestra voluntad. ¡Ya veremos quién tiene razón!

El acento, ligeramente despectivo, de las palabras de Barton no engañó a Bill. A éste no le pasó desapercibido que el verdadero propósito de los rebeldes era sencillamente sacrificarse por sus compañeros.

Los demás contemplaban la escena entre perplejos y aturdidos.

—¡Usted no puede poner en duda la existencia del generador! acusó Van Nees a Teight— ¡Lo vi con mis propios ojos!

—¡Tonterías, Van Nees! —contestó el geólogo—. Usted no entiende de eso lo suficiente para convencerme.

—Vamos, señor Teight —demandó Barton cogiéndole del brazo —. No perdamos el tiempo con discusiones inútiles. Allá ellos con sus ideas.

Bill desenfundó la pistola.

—¡Quietos! —ordenó. Su voz restalló como un látigo—. ¡Obedeceréis mis órdenes! ¡Se hará un sorteo como he dicho!...

Barton soltó una carcajada y ante la estupefacción general dio media vuelta echando a correr, sorteando velozmente las ruinas. Defac se le unió, sin siquiera un ademán de despedida.

Bill enfundó su arma lanzándose a continuación tras ellos. De repente el suelo se estremeció en una sacudida apocalíptica. Las ruinas y cascotes volaron como impulsados por una mano invisible. El formidable estallido de un trueno rasgó el silencio.

Bill se detuvo horripilado. Una enorme grieta se acababa de abrir ante sus pies. ¡Barton y Teight, incapaces de sortear el inacabable abismo, perdieron el equilibrio y cayeron en él!...

El joven se asomó, encogido el corazón por la angustia. El cabello se le erizó al contemplar la grotesca caída de los dos cuerpos. Los dos desgraciados se debatieron impotentes para asirse a los salientes. Pronto se perdieron de vista, tragados por el vacío.

Nuevamente la superficie del planetoide tembló con indescriptible ímpetu.

Un grito de terror brotó de todas las gargantas al sobrevenir la catástrofe que habría de poner punto final al macabro espectáculo.

¡La grieta se había cerrado por completo, aprisionando entre sus paredes a Barton y Defac!

Sobreponiéndose a la tensión de sus nervios. Bill retrocedió para recoger el traje espacial! de Barton.

—Póntelo encima ordenó a Janet— Ya no se puede hacer nada por ellos. Fueron unos héroes

La muchacha obedeció maquinalmente.

Instantes más tarde, el grupo abandonó el lugar.

* * *

Desde la afilada cúspide de la montaña, George Van Nees y Janet contemplaron el incesante hormiguear de los «youghs» en torno a las alineadas formaciones de astronaves. Era un cuadro de siniestra significación. A intervalos de cinco minutos despegaba una escuadra compuesta de diez astronaves. El éxodo había comenzado.

—Falta un minuto —dijo Van Nees—. Pongámonos las máscaras de oxígeno.

—¿Cree que Bill y McLean podrán hacerlo? —preguntó la joven tratando de dominar su intranquilidad.

—Es de esperar que si —repuso aquél—. Probablemente, los «youghs» no ejercerán ya su vigilancia sobre el generador de atmósfera. Por otra parte, los guardianes y encargados de su funcionamiento, deben estar esperando su tumo para embarcar en las astro- nSV65.

— ¿Qué explosivo utilizará Bill? —volvió a preguntar Janet.

—Granadas de fisión con espoleta retardada.

Van Nees hizo un gesto significativo a la muchacha y a continuación se colocó la capucha plástica.

—¿Funciona bien, Janet? —quiso saber George al observar la inquieta expresión de ella.

—Magníficamente —contestó a través del diminuto micrófono—. ¿Cuántos segundos quedan?

—Dos...

Una apagada explosión llegó hasta ellos. La ola expansiva les desplazó varios metros.

Janet se incorporó sonriente.

Al fin!... —exclamó aliviada.

—¡Mire, Janet! —Van Nees señaló con el dedo la inmensa planicie del cohetódromo.

Una escena de indescriptible confusión se estaba desarrollando entre los «youghs». Era evidente que el pánico les dominaba. Conforme transcurría el tiempo, los montruosos seres iban desplomándose víctimas de falta de oxigeno. Sus cuerpos se retorcían en medio de grotescas convulsiones. Muy pronto, el cohetódromo se convirtió en un lugar sin vida ni movimientos. Tres astronaves más consiguieron elevarse hacia el infinito. Eran los últimos supervivientes de la extinción de Eros.

Pocos segundos después. Bill y McLean hacían su aparición. Sudorosos y jadeantes, sus semblantes, mostraban sin embargo, la incontenible satisfacción del triunfo.

—¡Salió todo perfectamente! —anunció Bill— ¿Y los «youghs»?

—Echa una oleada y lo verás —replicó Van Nees—. Pone los pelos de punta.

—Ahora falta un detalle secundario —dijo McLean.

—¿Cuál? —inquirió Janet intrigada.

El astrofísico se echó a reír.

—¡Tiene gracia que no lo sepa! ¿No ha pensado en salvarse? Nuestra misión ha concluido, es cierto; pero preferiría dar cuenta personalmente al Gobierno de los Estados Unidos. Sería una verdadera lástima que tuvieran que enviar una nueva expedición para saber lo ocurrido.

—¿Supones que no sabemos pilotar una de esas astronaves? —preguntó Van Nees.

—Estoy persuadido de ello y aunque así fuera no nos íbamos a largar dejando colgado a Tom Merrick.

No tenemos la menor idea de cómo se anula un campo gravitatorio.

—¡Eso está resuelto en un minuto! decidió Bill imperiosamente— ¡Seguidme! ¡Los «youghs» pilotarán la astronave!

En el interior de la cabina, extraño departamento atiborrado de complicados engranajes y mecanismos. McLean y Van Nees procedieron a ligar fuertemente a un «youghs» reduciéndolo a la inmovilidad.

—No nos podemos quejar de la suerte —dijo Bill tomando asiento frente al cuadro de mandos—. Si nos retrasamos un poco la respiración artificial no habría dado resultado. No me cansaré de decir que Janet es la mejor doctora de la Tierra.

—Todo eso estará muy bien si ese fulano no nos ha ensañado —declaró Van Nees sin apartar la vista del monstruo—. Me gustará ver la cara que ponen los fisiólogos cuando tengan ésto delante. ¿Creeis que llegará vivo?

—No hay razón para suponer lo contrario contestó Bill—. ¿Estáis preparados?

—Las compuertas están herméticamente cerradas y la presión atmosférica es normal —Van Nees regresó junto a Bill después de la exploración indagatoria.

Inesperadamente Janet dió un grito de alegría.

—¡He logrado sintonizar la onda terrestre! —exclamó manipulando frenéticamente el emisor portátil de Bill— ¿No es estupendo?

Del minúsculo altoparlante surgió una voz masculina. El fondo musical de sus palabras era una antiquísima melodía vienesa.

—«... no necesitará usted afeitarse dos veces a la semana si utiliza la maquinilla...»

—¡Santo Dios! —Bill saltó del asiento y arrebató a Janet el emisor— ¡Nos hemos olvidado de Merrick!

—¿Quien se ha olvidado? —inquirió McLean perplejo— ¿No quedamos en que íbamos a por él?

—Sí, pero le gustaría saberlo, ¿no? ¡Pobrecillo! A nadie se le ha ocurrido hablarle desde que caímos en este maldito asteroide. Supongo que sus recuerdos hacia nosotros no serán muy agradables que digamos.

Nadie respondió. El olvido pesaba sobre las conciencias de todos y la cosa no era para menos.

Bill realizó la llamada. La voz de Merrick atronó la estancia.

—¿Dónde diablos estáis? ¿Por ventura creisteis que me había muerto? ¡Tengo una magnífica noticia para vosotros!

—Perdona, Merrick —dijo Bill con acento compungido—. Estuvimos bastante ocupados últimamente. Mucho más de lo que hubiéramos deseado.

—¿Habéis logrado algo de provecho? Desde estas alturas no veo absolutamente nada.

—La misión ha sido concluida satisfactoriamente. Estamos a

punto de despegar en una astronave. Es el viaje de retorno, ¿sabes?

—¿Vais todos?

Bill tardó unos instantes en responder. Se le hizo un nudo en la garganta al recordar el heroico sacrificio de Teight y Barton.

—Falta John Barton —replicó tras la pausa.

A través de la distancia todos pudieron adivinar el terrible impacto emocional sufrido por Tom Merrick.

—¿Murió?...—la voz del piloto llevaba impregnada la angustia.

—Murió por nosotros. Uno de todos tenía que quedarse aquí. Dios quiso que fuera él. Dime, Tom, tenías una noticia importante para darnos, ¿no?

—El campo gravitatorio está desvaneciéndose por instantes —informó Merrick sin aquel entusiasmo inicial—. Dentro de poco la astronave quedará libre. ¿Voy a recogeros?

—No —decidió Bill—. Dirígete a la Tierra. ¿Estás cierto de que podrás controlar el «Hidalgo»? Sería lamentable que te dejásemos abandonado.

—Pierde cuidado. Nos veremos allí. Buena suerte y un saludo para todos.

Bill cenó la comunicación.

Instantes después la astronave se elevaba suavemente en el espacio. Los contornos del planetoide fueron desvaneciéndose y con ellos la iluminación solar.

—Nos dirigiremos primeramente hacia el «Hidalgo» —declaró Bill—. No me fío mucho de Merrick.

—Allí está —señaló Janet—. Y parece que se mueve. ¡Efectivamente, viene hacia nosotros!

Una muda plegaria de agradecimiento afloró a los labios de Bill Lorenz. Apartó una de sus manos del tablero de mandos y tomó nuevamente el emisor etérico.

—¡Okey, Torn! ¿Tienes algo que hacer pasado mañana?

—Tengo una cita con una rubia —replicó Merrick humorísticamente—. Pero puedo dejarlo para otro día.

—Celebro que sea comprensiva. De otro modo te sería imposible asistir a nuestra boda. A la boda de Janet y mía, quería decir...

EPÍLOGO

—¿QUÉ lugar han elegido para el viaje de novios? Hoy en día las ciencias han adelantado tanto que pueden incluso salir del planeta. Si yo me casara quizá me fuera a Venus. He leído en algún sitio que sus paisajes son estupendos.

Bill Lorenz miró malévolamente a Seyley Orvid, Jefe del Departamento de Defensa de los Estados Unidos.

—Usted me quiere mal, general —contestó—. La Tierra es un lugar excelente. En estos momentos juraría que es el Paraíso.

Janet Preston enrojeció ruborosa al sentir sobre ella las miradas de los dos hombres.

—Bill y yo, hemos decidido ir al Canadá. Siempre he albergado deseos de ver las Cataratas del Niágara.

—Sí, es un sitio tranquilo —declaró Orvid—. Exceptuando a los miles de turistas nadie suele ir por allá. Gozarán de la más completa intimidad.

Bill captó el sentido humorístico de las palabras de! general.

—Usted bromea, pero a Janet le da horror la soledad.

—Cualquiera en el caso de ustedes sentiría lo mismo —Orvid señaló dos sillones invitándoles a tomar asiento—. He recibido esta misma mañana un informe de Marte. ¿No tienen curiosidad por saber algo de allí?

La expresión de Bill se agravó.

—No hemos querido preguntarle por temor a incurrir en indiscreción —dijo—. Conozco perfectamente lo que son ios secretos oficiales.

—Para ustedes no pueden existir los secretos. El mundo entero les debe agradecimiento.

Janet, y Bill sonrieron modestamente.

—No tiene importancia lo nuestro —dijo la muchacha—. Cumplimos con nuestro deber.

—Bien, no divaguemos ahora sobre lo ocurrido —Orvid consultó la hora—. Para ustedes el tiempo es oro. El informe de Marte da a conocer un nuevo éxito para los terrestres. Los «youghs» han sido exterminados en su totalidad. Hubo una lucha encarnizada pero los miembros de la expedición batieron bien el cobre. Freddie Lang ha sido vengado.

—Tuvo mala suerte —dije Bill con acento pensativo—. Y los «voughs» se encontraron con un regalo inesperado al hallarle en

Marte.

—Una pregunta, señor Orvid —terció Janet—. Bill afirma que el capitán Grunter no estaba loco ¿Se ha llegado a alguna conclusión al respecto?

—El dictamen facultativo «post-mortem» dice que Grunter sufrió un ataque cerebral, posiblemente a resultas de su experiencia en Eros. Esa es la causa de que no recordara su edad ni siquiera su profesión.

—No le molestamos, más —decidió Bill—. Su tiempo también es oro.

Janet y Bill se levantaron.

El general estrechó las manos de los dos jóvenes.

Cuando la pareja estaba a punto de salir, Orvid pareció recordar algo.

—¡Que cabeza la mía! —recriminóse jovialmente— Olvidé decirles que el «youghs» hallado en Egipto es auténtico. Un grupo de exploradores pudo dar con la astronave que Je condujo a la Tierra. Estaba enterrada a varios metros de profundidad en los pantanos de Jartum.

—Francamente no nos acordábamos de eso —contestó Janet—. Por lo menos yo.

—Sé porqué lo digo prosiguió Orvid sin abandonar la sonrisa—. Cualquier día de éstos usted lo hubiese recordado. Lo demás es fácil de imaginar.

— ¡Y me habría muerto del susto al pensar que en la Tierra también existen esos monstruos! —exclamó Janet palideciendo súbitamente—. Gracias, general. No sabe el favor que me ha hecho…

La puerta del despacho se cerró tras la pareja.

—¿Te sientes feliz, Janet?

Y en medio del pasillo, ante las perplejas miradas de las personas que allí se encontraban, Janet besó a Bill.

Lo cual no tenía demasiada importancia si se examina que se habían casado dos horas antes.

FIN

ÍNDICE

Págs.

CAPÍTULO

COLECCION

LUCHADORES DEL ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1.—Los hombres de Venus, *George H. White.*
2.—El planeta misterioso, *George H. White.*
3.—La ciudad congelada, *George H. White.*
4.—Cerebros electrónicos, *George H. White.*
5.—Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*
6.—La Horda amarilla, *George H. White.*
7.—Policía sideral, *George H. White.*
8.—La I. P. n.º 1, en peligro, *Alf. Regaldie.*
9.—Rumbo a lo desconocido, *George H. White.*
10.—Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regaldie.*
11.—La abominable bestia gris, *George H. White.*
12.—La Conquista de un Imperio, *George H. White.*
13.—El Reino de las Tinieblas, *George H. White.*
14.—Dos mundos frente a frente, *George H. White.*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el mundo, *George H. White.*
17.—Guerra de Autómatas, *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White.*
28.—Destructores de mundos, *Alf. Regaldie.*
29.—D-3, Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde, *George H. White.*

37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*
38.—Los hombree de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipsedón* sucumbe, *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres planta, *George H White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Gradson.*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley.*
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H. White.*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley.*
60.—Extraño Visitante, *George H White.*
61.—Más allá del Sol, *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley.*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*
64.—Marte, el enigmático, *George H. White.*
65.—¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White.*
66.—Raza diabólica, *George H. White.*
67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice.*
68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley.*
69.—Llegó de lejos, *George H White*
70—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie.*
71.—Heredo un mundo, *George H. White.*
72.—Desterrados en Venus, *George H. White.*
73.—La legión del Espacio, *George H. White.*
74.—Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice.*
75.—La Ciudad Submarina, *Red Arthur.*
76. Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterling*
77.—El mundo sumergido, *Profesor Hasley.*
78.—Base Sakchent núm. 1, *Profesor Hasley.*
79.—Sosias infernales, *Karel Sterling.*

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*